

JUDAS (COMENTARIO MACARTHUR ...

COMENTARIO
MACARTHUR
DEL
NUEVO
TESTAMENTO

JUDAS

JOHN MACARTHUR

“Una joya poco común que incluye los aspectos exegéticos, teológicos, y expositivos. Escrita durante más de treinta y seis años, esta hazaña monumental refleja una amplitud y profundidad de gran valor espiritual”.

RICHARD MAYHUE, doctor en Teología
Vicepresidente ejecutivo, *The Master's College and Seminary*

JUDAS (COMENTARIO MACARTHUR ...

COMENTARIO
MACARTHUR
DEL
NUEVO
TESTAMENTO

JUDAS

JOHN MACARTHUR

“Una joya poco común que incluye los aspectos exegéticos, teológicos, y expositivos. Escrita durante más de treinta y seis años, esta hazaña monumental refleja una amplitud y profundidad de gran valor espiritual”.

RICHARD MAYHUE, doctor en Teología
Vicepresidente ejecutivo, *The Master's College and Seminary*

JUDAS (COMENTARIO MACARTHUR ...

COMENTARIO
MACARTHUR
DEL
NUEVO
TESTAMENTO

JUDAS

JOHN MACARTHUR


EDITORIAL
PORTAVOZ

Dedicatorias

A Rick Holland, mi consiervo pastor en Grace Community Church, quien me anima siempre con su amistad leal, su servicio fiel, su liderazgo entusiasta, y su excepcional predicación expositiva.

Contenido

[Cubierta](#)

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Introducción a Judas](#)

[1. Obligados a contender](#)

[2. Advertencias contra los apóstatas](#)

[3. Los apóstatas ejemplificados](#)

[4. El juicio venidero sobre los apóstatas](#)

[5. Estrategia de supervivencia para los tiempos de los apóstatas](#)

[6. Garantía de los santos](#)

[Bibliografía](#)

[Créditos](#)

[Tomos del Comentario al Nuevo Testamento de John MacArthur](#)

[Editorial Portavoz](#)

Prólogo

Para mí sigue siendo una experiencia gratificante de comunión divina predicar de manera expositiva a través del Nuevo Testamento. Mi meta es tener siempre un profundo compañerismo con el Señor en el entendimiento de su Palabra, y a partir de esa experiencia explicar a su pueblo lo que un pasaje bíblico significa. En las palabras de Nehemías 8:8, me esfuerzo por poner “el sentido” en las Escrituras para que las personas puedan oír realmente a Dios hablando, y que al hacerlo puedan a su vez contestarle.

Es evidente que el pueblo de Dios debe entenderle, lo cual exige conocer su Palabra de verdad (2 Ti. 2:15) y permitir que more en abundancia en nosotros (Col. 3:16). De ahí que la idea central de mi ministerio sea ayudar a hacer viva la Palabra de Dios a su pueblo. Se trata de una aventura reconfortante.

Esta serie de comentarios del Nuevo Testamento refleja el propósito de explicar y aplicar las Escrituras. Algunos comentarios son sobre todo lingüísticos, otros teológicos, y otros tienen que ver más con la homilética. En esencia este comentario es explicativo o expositivo. No es lingüísticamente técnico, pero tiene que ver con la lingüística cuando eso parece ayudar a la adecuada interpretación. No es teológicamente extenso, pero se enfoca en las principales doctrinas de cada texto y en cómo estas se relacionan con toda la Biblia. Ante todo, no es homilético, aunque por lo general a cada unidad de pensamiento se la trata como un capítulo, con un claro esquema y flujo lógico de pensamiento. La mayoría de las verdades se ilustran y se aplican con otras Escrituras. Después de establecer el contexto de un pasaje, he tratado de seguir de cerca el desarrollo y el razonamiento del escritor.

Oro pidiendo que cada lector comprenda bien lo que el Espíritu Santo está diciendo a través de este segmento de su Palabra, de modo que su revelación pueda alojarse en las mentes de los creyentes y así lograr una mayor obediencia y fidelidad para la gloria de nuestro gran Dios.

Introducción a Judas

La amonestación de Salomón: “Compra la verdad, y no la vendas” (Pr. 23:23) refleja el hecho de que la verdad es un bien muypreciado en la Biblia. Después de todo, Dios es el “Dios de verdad” (Sal. 31:5; Is. 65:16), que ha ensalzado su palabra que es verdad (Sal. 119:160; 138:2; Jn. 17:17). El Señor Jesucristo, Dios en carne humana, está “lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:14; cp. v. 17), pues Él mismo es “el camino, y la verdad, y la vida” (Jn. 14:6; cp. Ef.4:21). El Espíritu Santo es “el Espíritu de verdad” (Jn. 14:17; 15:26; 16:13; 1 Jn. 5:6), que sella la salvación de aquellos que aceptan “la palabra de verdad” (Ef. 1:13). Además, la Iglesia es “columna y baluarte de la verdad” (1 Ti. 3:15), que protege y predica la verdad del evangelio (cp. Col. 1:5). En realidad, es por creer la verdad que la gente es liberada del pecado y la muerte (Jn. 8:32).

Aunque el pueblo de Dios a veces se olvida de la importancia de la verdad, Satanás nunca lo hace. Ya desde la caída, el padre de la mentira (cp. Jn. 8:44) ha hecho todo lo posible para destruir, ocultar y tergiversar la verdad, intentando todo el tiempo reemplazarla con falsedad y engaño. Irónicamente, sus ataques más mortíferos no vienen de parte de aquellos que de plano rechazan la verdad, sino más bien de quienes profesan conocerla y creerla, pero que mienten. Los agentes más eficaces de Satanás, al igual que terroristas espirituales, se infiltran sigilosamente en la Iglesia donde logran pasar por verdaderos pastores y líderes. Sin embargo, realmente son impostores y desertores, apóstatas que afirman conocer a Cristo, pero que en realidad lo rechazan. Con sus bocas alegan tener conocimiento de la Palabra, pero sus acciones indican que realmente son enemigos de la verdad.

Al igual que Simón el mago (Hch. 8:9-24), Himeneo (1 Ti. 1:20; 2 Ti. 2:17), Alejandro (1 Ti. 1:20; cp. 2 Ti. 4:14) y Diótrefes (3 Jn. 9), estos desertores “no sirven a nuestro Señor Jesucristo sino a sus propios vientres, y con suaves palabras y lisonjas engañan los corazones de los ingenuos” (Ro. 16:18). “Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo” (2 Co. 11:13),

2:17), Alejandro (1 Ti. 1:20; cp. 2 Ti. 4:14) y Diótrefes (3 Jn. 9), estos desertores “no sirven a nuestro Señor Jesucristo sino a sus propios vientres, y con suaves palabras y lisonjas engañan los corazones de los ingenuos” (Ro. 16:18). “Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo” (2 Co. 11:13), “hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad” (1 Ti. 6:5). A estos es necesario oponerse y desarraigar de manera vigorosa, para que no seduzcan a las almas inconstantes y las lleven a la destrucción (cp. 2 P. 2:14).

El Nuevo Testamento reiteradamente advierte del peligro que los falsos maestros apóstatas representan para la Iglesia. Tanto Jesús (Mt. 7:15) como Pablo (Hch. 20:29) compararon el salvajismo engañoso de estos individuos con los ataques de lobos feroces. Jesús advirtió: “Muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos” (Mt. 24:11). Pablo previno a Timoteo: “El Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios” (1 Ti. 4:1). Pedro y Juan también advirtieron sobre estos impostores espirituales (2 P. 2, 3; 1 Jn. 4:1-3; 2 Jn. 7; Ap. 2:14-15, 20-24), así como lo hizo Judas en esta breve carta de un solo capítulo.

La concisa epístola de Judas es una condena enérgica de los falsos maestros que se estaban infiltrando en la iglesia durante su época, y por extensión a todos los que habrían de llegar. En nuestra cultura posmoderna, en que a la verdad se la considera relativa y a la tolerancia se la aprecia por encima de todo lo demás, la súplica elocuente de Judas por la pureza doctrinal es particularmente aplicable. Como escribió Thomas R. Schreiner:

El mensaje de juicio [de Judas] es especialmente oportuno para las personas de hoy día, puesto que nuestras iglesias son propensas al sentimentalismo, sufren de crisis moral, y casi nunca pronuncian un mensaje definitivo de juicio a causa de una definición inadecuada del amor. La carta de Judas nos recuerda que la enseñanza descarriada y la vida disoluta tienen consecuencias nefastas (*1, 2 Peter, Jude, The New American Commentary* [Nashville: Broadman & Holman, 2003], pp. 403-4).

En definitiva, no prestar atención al mensaje de Judas resulta en comprometer la misma “fe que ha sido una vez dada a los santos”

comprometer la misma “fe que ha sido una vez dada a los santos” (v. 3).

CONFIRMACIÓN EXTERNA

La evidencia externa de la existencia y autenticidad de Judas es más completa que la de 2 de Pedro. Incluso hay posibles alusiones a ella entre los padres apostólicos (*La Didaché*, *La epístola a los corintios* de Clemente, *La epístola de Bernabé*, *El pastor de hermas*, y *La epístola a los filipenses* de Policarpo), pero son demasiado ambiguas para ser conclusivas. Sin embargo, para finales del siglo ii la evidencia es innegable. Por ejemplo, el canon muratorio (una lista de finales del siglo ii de los libros del Nuevo Testamento) incluye a Judas como canónico. Por ese mismo tiempo, el filósofo cristiano Atenágoras reflejó un conocimiento de la epístola de Judas en su defensa del cristianismo (que dirigió al emperador Marco Aurelio). Teófilo de Antioquía, contemporáneo de Atenágoras, también tenía conocimiento de la carta.

A finales del siglo ii o inicios del iii, Tertuliano se refirió a la epístola como parte de las Escrituras y a Judas como su autor. Más o menos al mismo tiempo Clemente de Alejandría escribió un comentario sobre las Escrituras, que incluía a Judas (cp. el estudio en la Introducción a 2 Pedro en esta obra). Orígenes, alumno de Clemente, reconoció que algunos en su época tenían dudas acerca de la autenticidad de Judas. No obstante, Orígenes no tuvo tales dudas. En vez de eso, citó con frecuencia a Judas. El papiro Bodmer P72 del siglo III también contiene a Judas, e indica que la iglesia del siglo III afirmaba que esta epístola era parte del canon.

En el siglo IV Eusebio incluyó a Judas entre los libros cuya autenticidad cuestionaban algunos (hizo lo mismo con 2 Pedro). Sin embargo, no lo enumeró como uno de los libros espurios. Eusebio también reconoció que Judas era aceptado por muchos en la iglesia. Más tarde en el siglo IV, Dídimo el ciego (que dirigía la escuela de formación cristiana en Alejandría) defendió la autenticidad de Judas contra sus detractores. Aquellos que cuestionaban la epístola lo hacían principalmente porque tiene citas de los apócrifos judíos. No obstante, el libro fue comúnmente aceptado por la iglesia del siglo IV, como lo evidencian los testimonios de Anastasio, el Concilio de Laodicea, Cirilo de Jerusalén, San Gregorio Nacianceno, Epifanio y Jerónimo (cada

uno de los cuales consideraba a Judas como canónico).

AUTOR

El Nuevo Testamento menciona ocho hombres llamados Judas (“Judas” se traduce del nombre griego “Judá”). El nombre era muy popular, debido tanto a Judá, el fundador de la tribu del mismo nombre, como a Judas, el héroe de la revuelta de los macabeos contra el gobernante griego Antíoco Epífanés en el siglo ii a.C. De los ocho mencionados en el Nuevo Testamento, solo dos están relacionados con un hombre llamado Jacobo (v. 1) y de ahí que son candidatos convincentes a haber escrito esta epístola: el apóstol Judas, y Judas el medio hermano del Señor. El apóstol Judas se puede descartar, ya que era el *hijo*, no *hermano* de un hombre llamado Jacobo (Lc. 6:16 nvi; Hch. 1:13; la traducción de la RVR-60, “Judas hermano de Jacobo” en ambos versículos es incorrecta [la frase “Judas hijo de Jacobo” nbd, nvi, est o “Judas hijo de Santiago” ntv, pdt, blp, blph, hacen correctamente la misma construcción en concordancia con el uso griego normal]). Por otra parte, si Judas el hijo de Alfeo hubiera sido el autor, se habría identificado como apóstol, ya que era uno de ellos. No obstante, el escritor de Judas se diferenció a sí mismo *de* los apóstoles (v. 17).

El Jacobo con el cual el mismo Judas se identifica era el hermano del Señor (Gá. 1:19), el líder de la iglesia en Jerusalén y autor de la epístola de Santiago. Después del martirio del apóstol Jacobo (Hch. 12:2) no hubo otro Jacobo en la iglesia primitiva a quien poder referirse simplemente por nombre sin ningún otro calificativo. Por tanto, Judas, al igual que Jacobo, era uno de los medios hermanos de Jesús (Mt. 13:55). Judas es el único escritor del Nuevo Testamento que se identifica por relación familiar.

Irónicamente, el hombre que escribió la condena más fuerte de los apóstatas en la Biblia tiene el mismo nombre del más notorio de todos los apóstatas, Judas Iscariote.

La profunda humildad de Judas se refleja en el hecho de que, al igual que su hermano Santiago (Stg. 1:1), se refirió a sí mismo como “siervo de Jesucristo” (v. 1) y no como “el hermano de Jesús”. Así como sus otros hermanos (incluso Jacobo, llamado también Santiago), Judas no creyó en la deidad y la condición mesiánica de Jesús hasta después de la resurrección (Jn. 7:5; Hch. 1:14; cp. 1 Co. 15:7, donde “Santiago”

podría ser el medio hermano del Señor). Después de la resurrección, la relación de Jesús con sus hermanos carnales cambió de hermano a Señor y Mesías (cp. Mr. 3:32-35; Jn. 2:4).

Poco se sabe acerca de Judas aparte de esta epístola. Según 1 Corintios 9:5, estaba casado y tenía un ministerio itinerante como evangelista. Los anales de la Iglesia relatan la historia (posiblemente legendaria) de cómo los nietos de Judas fueron llevados ante el emperador romano Domiciano. El emperador les cuestionó la lealtad debido a que eran descendientes de la línea real davídica. Pero al enterarse que se trataba simplemente de agricultores, el emperador los despidió con desdén (Eusebio, *Historia eclesiástica*, 3.19-20). Aparte de ese relato, la tradición no dice nada con relación a Judas.

Algunos críticos niegan que Judas el hermano de Jacobo escribiera esta epístola, alegando que existe evidencia de que el libro es posterior a la vida de él. Pero ese no es el caso (véase el estudio bajo el título "Fecha y lugar de escritura" más adelante. Es muy poco probable que un falsificador escribiera un libro asumiendo el papel de un personaje relativamente desconocido como Judas; las obras pseudo-epigráficas se atribuían a apóstoles conocidos, tales como Pedro o Pablo. Ningún falsificador que fingiera ser Judas se identificaría como el hermano del Señor.

Otros críticos incrédulos insisten en que el griego de la epístola es demasiado bueno para que lo hubiera redactado un simple campesino galileo. Sin embargo, según se observó en la Introducción a 2 Pedro, Galilea estaba cerca de la región eminentemente gentil conocida como Decápolis, que se encontraba al oriente y sur del lago de Galilea. También hay evidencia de que el griego se hablaba comúnmente en toda la Palestina del siglo i (cp. Robert L. Thomas y Stanley N. Gundry, "The Languages Jesus Spoke", en *A Harmony of the Gospels* [Chicago: Moody, 1978], pp. 309-12). Por tanto, las suposiciones dogmáticas con relación a la aptitud de Judas en griego (o la falta de ella) simplemente son injustificadas. También es posible que Judas trabajara con un amanuense, así como hizo Pedro cuando escribió 1 Pedro (1 P. 5:12).

Incluso otros, especialmente en la iglesia primitiva, cuestionaban el uso que Judas hizo de material apócrifo (*1 Enoc* y tal vez la *Asunción de Moisés*). Pero el simple hecho de que el autor de esta carta citara esas obras no sugiere que respaldara todo en ellas. Pablo citó a poetas

griegos (Hch. 17:28; 1 Co. 15:33; Tit. 1:12) y aludió a una tradición judía extra bíblica (1 Co. 10:4; 2 Ti. 3:8). Sin embargo, es evidente que no respaldaba todo en esas obras; tampoco las consideraba Escrituras inspiradas. Al igual que Pablo, Judas citó las conocidas obras apócrifas a modo de ilustración. No hay indicio de que las considerara divinamente inspiradas.

FECHA Y LUGAR DE ESCRITURA

No hay nada en la epístola en sí que indique cuándo fue escrita. Quienes niegan que Judas la escribiera, la fechan en el siglo ii. En apoyo a esa última fecha, alegan que Judas 17 habla de que la era apostólica había pasado mucho tiempo antes. También alegan que los falsos maestros descritos en la epístola eran gnósticos del siglo ii. Pero Judas simplemente sugiere que la mayoría de los apóstoles (tal vez todos menos Juan) estaban muertos; no dice nada acerca de cuánto tiempo hacía que habían muerto. Es más, el versículo 18 sugiere que los lectores de Judas habían oído predicar a los apóstoles, por lo que estos no pudieron haber muerto hacía mucho tiempo. Tampoco estaban presentes los falsos maestros del gnosticismo del siglo ii de la época de Judas (véase el estudio sobre “Ocasión” a continuación). Una fecha del siglo ii también es difícil de armonizar con la confirmación inicial a Judas en los escritos de los padres de la iglesia (véase “Confirmación externa” anteriormente).

Otros ubican a Judas en la era apostólica (es decir, antes de la muerte de Pedro y Pablo), quizás tan pronto como a mediados del siglo i. Sin embargo, ya que Judas probablemente se escribió después de 2 Pedro (véase “Relación de Judas con 2 Pedro” a continuación), es poco probable que se hubiera escrito antes de la muerte de Pedro (véase “Fecha, lugar del escrito, y destino” en la Introducción a 2 Pedro en esta obra). Puesto que Judas no utiliza la destrucción de Jerusalén (70 d.C.) como ilustración del juicio divino para los impíos, es muy probable que escribiera su epístola antes de ese acontecimiento. Entonces, la fecha más probable para Judas es el período entre la muerte de Pedro y la destrucción de Jerusalén (aprox. 68-70 d.C.).

No se sabe dónde estaba Judas cuando escribió esta epístola. Puesto que su hermano Jacobo dirigía la iglesia en Jerusalén, es posible que a pesar de que Judas viajaba en su ministerio, Jerusalén fuera su base

de operaciones. Si ese fuera el caso, pudo haber escrito su epístola desde allí.

DESTINATARIOS

No se sabe a qué iglesia o iglesias específicas Judas dirigió su epístola. A la luz de su elección de ejemplos del Antiguo Testamento y los apócrifos judíos, sus lectores tal vez fueron mayormente creyentes judíos.

OCASIÓN

Judas había planeado originalmente escribir una carta positiva, celebrando las grandes verdades de la “común salvación” que compartía con sus lectores (v. 3). Pero la alarmante noticia de que falsos maestros habían invadido las congregaciones a las que escribió, amenazando dicha salvación (v. 4), le obligó a cambiar sus planes. Por eso escribió una fuerte denuncia acerca de los falsos maestros y sus estilos impíos de vida, advirtiendo a sus lectores y llamándolos a contender “ardientemente por la fe” a fin de proteger el evangelio común (v. 3). La magnífica doxología con que concluye la carta (vv. 24-25) da a conocer la confianza de Judas en que sus lectores se mantendrían firmes por la gracia de Dios.

Se desconoce la identidad exacta de los falsos maestros. Está claro que no eran gnósticos del siglo ii, ya que no hay evidencia de las enseñanzas distintivas del gnosticismo (tales como un dualismo cosmológico con el buen Dios trascendente en oposición a la emanación malvada que creó el mundo material, la maldad del mundo material, la salvación a través de conocimiento secreto u oculto, etc.) en la descripción que Judas hace de los falsos maestros.

Es más, Judas no se enfoca en los matices de la falsa doctrina. En vez de eso denuncia el estilo impío de vida de los falsos maestros, condenándolos un total de seis veces como “impíos” (vv. 4, 15, 18). Eso en sí los marcaba como falsos maestros, ya que Jesús declaró: “Por sus frutos los conoceréis” (Mt. 7:16, 20). Tras poner al descubierto sus vidas corruptas, no había necesidad de que Judas les refutara las enseñanzas herejes, puesto que “al poner en evidencia el carácter de ellos, Judas los despojó de cualquier autoridad en la congregación. Ningún cristiano pensante seguiría a individuos que básicamente son egoístas. Judas no solo lo condenó, sino que dio a conocer lo que en

realidad eran, quitándoles toda razón para tener influencia en la iglesia” (Schreiner, *1, 2 Peter, Jude*, p. 415).

La imagen que Judas pinta de los falsos maestros pone de manifiesto la asombrosa profundidad de su depravación. Al igual que depredadores, “han entrado encubiertamente” (v. 4) en el pueblo de Dios. Estos individuos “convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios” (v. 4), desviando la misma gracia que enseña a los creyentes “que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, [vivan] en este siglo sobria, justa y piadosamente” (Tit. 2:11-12) hacia la posesión de una licencia para pecar. Eran tan corruptos que Judas los comparó con pecadores tan notorios como los ángeles caídos, los hombres de Sodoma y Gomorra, Caín, Balaam, y los rebeldes bajo el mando de Coré (vv. 6, 7, 11). En pocas palabras, Judas los describe “como animales irracionales” (v. 10). En su descarada audacia “rechazan la autoridad y blasfeman de las potestades superiores” (v. 8), algo que ni siquiera el poderoso arcángel Miguel hizo (v. 9). Debido a su arrogante altivez, estos hombres “blasfeman de cuantas cosas no conocen” (v. 10).

Judas describió la engañosa hipocresía de los falsos maestros usando metáforas gráficas:

Estos son manchas en vuestros ágapes, que comiendo impúdicamente con vosotros se apacientan a sí mismos; nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos; árboles otoñales, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados; fieras ondas del mar, que espuman su propia vergüenza; estrellas errantes, para las cuales está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas (vv. 12-13).

En resumen, aunque estos individuos estaban en la iglesia, no eran parte de ella; “no tienen al Espíritu” (v. 19) y, por tanto, no son redimidos (Ro. 8:9). La realidad de su malvada hipocresía y del consecuente peligro que representaban para la iglesia provocó la condenación y advertencia más fuerte que a Judas le fue posible dar.

RELACIÓN DE JUDAS CON 2 Pedro

Hasta una lectura superficial de Judas y 2 Pedro revela el sorprendente paralelismo entre las dos cartas. Es más, diecinueve de

los veinticinco versículos de Judas encuentran paralelismo en 2 Pedro. Los eruditos están divididos en cuanto a qué autor usa al otro como fuente. (Existe una tercera posibilidad, de que Pedro y Judas sacaran ideas de una fuente común. No obstante, no hay evidencia de que tal fuente existiera). Muchos de los argumentos a favor de la prioridad de cualquiera de esas epístolas son subjetivos y tienden a anularse entre sí. Pero hay dos argumentos objetivos que favorecen la prioridad cronológica de 2 Pedro. Primero, Pedro predice que los falsos maestros llegarían en el futuro (p. ej., 2:1, 2; 3:3), mientras que Judas los describe como una realidad presente (p. ej., vv. 4, 10, 11, 12, 16). Eso sugiere firmemente que 2 Pedro se escribió antes que Judas. El hecho de que Pedro se refiera algunas veces a los falsos maestros usando el tiempo presente no anula la fuerza de ese argumento, ya que “el tiempo presente es usado constantemente [por Pedro] para describir el *carácter* de los falsos maestros, mientras que el tiempo futuro se usa para describir que *vienen*” (Daniel B. Wallace, “Judas: Introducción, argumento y bosquejo” [Biblical Studies Press: www.bible.org, 2000], cursivas en el original). Si Pedro hubiera conocido la epístola de Judas, que describe a los falsos maestros como ya presentes en la iglesia, su uso del tiempo futuro no tendría sentido.

Segundo, la redacción de los versículos 17-18 es casi idéntica a 2 Pedro 3:3. Parece que Judas estuviera citando la profecía de Pedro (de que vendrían falsos maestros) y haciendo ver su cumplimiento en su época. No hay otra profecía en la Biblia expresada de forma tan similar a la que Judas pudiera estar refiriéndose. Además, la palabra traducida “burladores” (*empaiktēs*) aparece en el Nuevo Testamento solo en Judas 18 y 2 Pedro 3:3. Judas usó el plural “apóstoles” en el versículo 17, aunque solo citó a Pedro, porque los demás apóstoles habían hecho predicciones parecidas (cp. 1 Ti. 4:1; 2 Ti. 3:1-5; 4:3).

BOSQUEJO

Saludo (1-2)

I.El peligro de los apóstatas (3-4)

II.La perdición de los apóstatas (5-7)

III.La descripción de los apóstatas (8-16)

IV.La defensa en contra de los apóstatas (17-23)

Doxología final (24-25)

1. Obligados a contender

Judas, siervo de Jesucristo, y hermano de Jacobo, a los llamados, santificados en Dios Padre, y guardados en Jesucristo: Misericordia y paz y amor os sean multiplicados. Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos. (1-3)

Sin lugar a dudas, la mayor amenaza para la Iglesia siempre ha sido la falsa enseñanza. Su sutileza y gravedad la convierten en un veneno espiritual diferente a cualquier otro. Aunque las amenazas externas (tales como persecución religiosa y animosidad del mundo) son con seguridad desagradables, las heridas que infringen solo son físicas y las lesiones que ocasionan solo son temporales. Por otra parte, la falsa enseñanza más mortífera no viene de las religiones engañosas y no cristianas de fuera de la Iglesia, sino de embaucadores espirituales *dentro de ella*. El daño resultante es mucho mayor que el causado por asaltos externos; las víctimas son espirituales y las consecuencias son eternas. No es de extrañar entonces que Jesús advirtiera a sus seguidores acerca de los peligros mortales de la apostasía:

Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis (Mt. 7:15-20).

En su exhortación a los ancianos de Éfeso el apóstol Pablo repitió la advertencia del Señor:

Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de

(Mt. 7:15-20).

En su exhortación a los ancianos de Éfeso el apóstol Pablo repitió la advertencia del Señor:

Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos. Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno (Hch. 20:29-31).

El resto del Nuevo Testamento registra advertencias similares, que enseñan a los creyentes a protegerse contra la engañosa naturaleza de la falsa enseñanza que se hace pasar por verdad cristiana (Mt. 24:10-14; 2 Ts. 2:3-12; 1 Ti. 4:1-3; 2 Ti. 3:1-9; 2 P. 2:1-3:7; 1 Jn. 2:18-19; 4:1-3; 2 Jn. 7-10; Ap. 2:6, 14-16, 20-23; 3:1-3, 14-18; cp. Stg. 5:1-6).

Esas advertencias estaban justificadas. Para finales del siglo i, cuando el apóstol Juan escribió el libro del Apocalipsis, solo dos de las siete iglesias a las que se dirigió (Esmirna y Filadelfia) permanecían totalmente fieles. Las otras cinco iglesias en un grado u otro habían caído presas de la infiltración de error doctrinal y de sus consecuencias morales. Por tanto, Cristo les mandó arrepentirse, mantenerse firmes y combatir la falsedad que enfrentaban; debían combatir la apostasía y vencerla.

Aunque la carta de Judas se escribió cerca de veinticinco años antes, él también reconoció que en la iglesia ya había comenzado la batalla por la verdad, según Pedro profetizara unos años antes en 2 Pedro 1:1-3 y 3:1-3. Por eso es que Judas dedicó toda su carta a la presencia de falsos maestros apóstatas. Él deseaba que sus lectores se mantuvieran firmes contra los engaños espirituales que amenazaban con hacer estragos en la comunidad. Además, quería que todos aquellos que propagaban tales errores en la iglesia fueran desenmascarados y expulsados.

Como la última de las epístolas del Nuevo Testamento, el libro de Judas sirve de entrada literaria al libro del Apocalipsis. En Judas, los falsos maestros son examinados, sus motivos descubiertos y su perdición profetizada. En Apocalipsis, esa inevitable destrucción se

desarrolla en detalles, mientras que el futuro triunfo de Cristo elimina finalmente el error y establece la verdad para siempre.

Judas escribió esta carta entre el 68-70 d.C., poco después que Pedro terminara su segunda epístola. Las dos cartas están íntimamente relacionadas, y contienen varias descripciones casi idénticas de los falsos maestros y la apostasía. Es más, tal vez Judas sea una secuela de 2 Pedro, escrita quizás al mismo grupo de cristianos para exponerles que lo que Pedro había dicho se estaba presentando ahora. Segunda de Pedro 2—3 usa tiempos futuros en sus referencias a los falsos maestros. Judas escribió en tiempo presente. Cuando comenzó su carta, sentando las bases en los tres primeros versículos, dio a conocer sus antecedentes, su audiencia, y su exhortación.

ANTECEDENTES DE JUDAS

Judas, siervo de Jesucristo, y hermano de Jacobo, (1a)

Judas (heb. “Judá”) era un nombre común en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, dos de los discípulos de Jesús se llamaban Judas: Judas Iscariote y Judas, hijo de Jacobo (Lc. 6:16 nvi; Jn. 6:71; 14:22; Hch. 1:13). El apóstol Pablo, poco después de su conversión, conoció a Ananías en la casa de Judas de Damasco (Hch. 9:11). Y Judas Barsabás, un dirigente en la iglesia primitiva, se unió a Pablo, Bernabé y Silas para llevar una carta de parte del concilio de Jerusalén a los creyentes en Antioquía (Hch. 15:22-33). Hubo incluso un Judas de Galilea, quien fundó los zelotes y dirigió un levantamiento en Palestina a principios del siglo i (Hch. 5:37).

Pero el **Judas** que escribió esta carta no fue ninguno de esos hombres. En vez de eso, este era el **hermano de Jacobo**, quien era medio hermano de Jesús (Mt. 13:55; Mr. 6:3; cp. Gá. 1:19) y el líder del concilio de Jerusalén (Hch. 15:13). El saludo de Judas aquí es parecido al de su hermano (cp. Stg. 1:1), aunque, a diferencia de Jacobo, Judas no se consideraba apóstol (cp. v. 17). No obstante, su íntima relación con Jesús (como medio hermano) y con Jacobo seguramente le dio a Judas una posición destacada y de autoridad en la iglesia primitiva, una plataforma desde la cual pudo enfrentar los peligros de la falsa enseñanza. Es irónico que en la providencia de Dios, el Espíritu Santo eligiera un hombre con el mismo primer nombre de Judas Iscariote, el apóstata más infame de todos los tiempos (Hch. 1:16-20, 25), para

escribir la epístola del Nuevo Testamento sobre la apostasía. (Para un análisis de la autoría de esta epístola, véase la Introducción a Judas en esta misma obra).

Judas se presentó como **siervo de Jesucristo**, sugiriendo que la muerte, la resurrección y la ascensión de Cristo le habían transformado el corazón. Pasó de ser un incrédulo (cp. Jn. 7:5) a ser un **siervo** (*doulos*, “esclavo”), alguien que confiaba en Cristo como su Señor y Maestro (cp. Mt. 24:46; Lc. 2:29; Hch. 4:29; Gá. 1:10; Col. 1:7; 2 Ti. 2:24; Ap. 19:5). En consecuencia, su relación de salvación con Cristo se volvió más importante que los vínculos familiares (cp. Mr. 3:31-35). De ahí que Judas decidiera humildemente llamarse **siervo de Jesús** en vez de resaltar la realidad más impresionante de que era medio hermano del Señor.

En el mundo grecorromano la esclavitud era generalizada, haciendo muy significativa la conocida designación de **siervo** (cp. Ro. 1:1; Fil. 1:1; 2 P. 1:1) hallada en el Nuevo Testamento. La palabra denotaba ser posesión de alguien, así como sumisión absoluta y desinteresada hacia esa persona, en este caso a Jesús como Señor. En esta carta dicha identificación es especialmente apropiada porque coloca a Judas en marcado contraste con los apóstatas. Él era un esclavo agradecido y voluntario del Señor Jesucristo, mientras que los apóstatas negaban el señorío de Cristo por medio de sus estilos de vida abiertamente pecaminosos (v. 4; cp. 2 P. 2:1).

AUDIENCIA DE JUDAS

a los llamados, santificados en Dios Padre, y guardados en Jesucristo: Misericordia y paz y amor os sean multiplicados.
(1b-2)

El saludo de Judas esboza claramente que estaba escribiendo a creyentes verdaderos. Tal saludo enfatiza la confortante verdad de que como creyentes que contienden con la creciente apostasía permanecen seguros en el propósito soberano de Dios. Al igual que Pedro, quien consoló a sus lectores con dos ejemplos del Antiguo Testamento acerca de la protección y la liberación de Dios (Noé y Lot), Judas animó a sus lectores a confiar en Dios incluso en medio de intensa batalla espiritual. Es más, enumeró cuatro razones para que los cristianos descansaran en Dios y no tuvieran temor, a saber, porque son

llamados, santificados, guardados y bendecidos por Él.

LLAMADOS

a los llamados, (1b)

Llamados se traduce del pronombre adjetivo *klētos*, que se relaciona con el conocido verbo *kaleō*, “llamar”. Es la palabra principal de la frase, con dos participios pasivos perfectos (que describen a los creyentes) en yuxtaposición a ella. Incluso como sugiere la traducción en español, el vocablo transmite la idea de ser escogido o seleccionado personalmente. Dios ha llamado a los creyentes hacia Él; los ha apartado y escogido como sus hijos.

Judas no está hablando aquí sobre la invitación general de Dios a los pecadores (Is. 45:22; 55:6; Ez. 33:11; Mt. 11:28; 22:14; 23:37; Lc. 14:16-24; Jn. 7:37; Ap. 22:17), un llamado que a menudo se ignora y se rechaza (cp. Mt. 12:14; Lc. 4:16-19, 28-30; Hch. 4:13-18; 5:17-18, 26-28, 33-40; 7:54-58; 2 Co. 2:15-16). Más bien, el escritor está hablando del llamado especial e interno de Dios a través del cual despierta la voluntad humana e imparte vida espiritual que permite a pecadores que una vez estuvieron muertos aceptar por fe el evangelio (cp. Jn. 5:21; Hch. 16:14; Ef. 2:5). Es a esto a lo que Cristo se refirió cuando declaró: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Jn. 6:44; cp. v. 65). Pablo también se refirió al llamado eficaz de los creyentes cuando escribió a Timoteo:

Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios, quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos (2 Ti. 1:8-9; cp. Ro. 1:6-7; 8:30; 1 Co. 1:1-2, 9, 24; 1 Ti. 6:12; 1 P. 3:9; Ap. 17:14).

En su soberana sabiduría, Dios eligió a los creyentes basándose únicamente en su propósito amoroso en Cristo desde antes del comienzo del tiempo. Su llamado no estaba arraigado en algo que viera en ellos, ni siquiera en la fe prevista que habrían de tener (véase el estudio de la presciencia divina en mi exposición de 1 Pedro 1:2a en el capítulo 1 de mi comentario de 1 y 2 Pedro). Más bien, el llamado de

Dios está motivado por su propia gloria y voluntad, para que su misericordia pudiera mostrarse eternamente (Ro. 9:23-24). Los creyentes son entonces aquellos que son divinamente elegidos para salvación. No se ganan la decisión de Dios; tampoco pueden perder la salvación ni alguien se la puede quitar (cp. Jn. 6:37-40; 10:27-30; Ro. 8:28-30, 38-39). Por tanto, pueden descansar en la seguridad del llamado misericordioso de Dios, incluso en el más peligroso conflicto con la falsa enseñanza.

SANTIFICADOS

santificados en Dios Padre, (1c)

Dios eligió salvar creyentes porque los amaba. Basado totalmente en su placer soberano y por razones más allá de la comprensión humana (cp. Ro. 9:11-13; 10:20; 1 Co. 1:26-29; Stg. 2:5), el **Padre** se propuso poner su amor en ciertos pecadores y redimirlos (Mt. 11:27; Ro. 8:28-30; Ef. 1:4). Incluso cuando eran rebeldes los eligió para que fueran sus hijos y los beneficiarios de la muerte de Cristo. Así les dijo Pablo a los romanos: “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro. 5:8; cp. Jn. 3:16; 13:1; 1 Jn. 4:10, 19).

Santificados se traduce de un participio pasivo perfecto derivado del conocido verbo *agapaō*. El tiempo perfecto indica que Dios puso su amor en los creyentes en la eternidad pasada (Ef. 1:4-5), con resultados que continúan en el presente y dentro del futuro. Por su amor no influenciado y selectivo, el Padre determinó desde antes de la fundación de mundo quiénes creerían (cp. Hch. 13:48; 2 Ts. 2:13; 2 Ti. 1:9). Ese amor requería que también diera a su Hijo para morir en la cruz en lugar de ellos, pagando así la culpa por los pecados que tenían (Is. 53:5-6; Mr. 10:45; Jn. 3:16; 1 P. 2:24). Por amor, el Padre envió al Espíritu Santo para convencer de pecado a los pecadores, atraerlos a la fe que salva y regenerar sus corazones pecadores (Jn. 3:3-8; 6:37, 44; Ro. 3:25-26; 8:1; 1 Co. 6:11; Tit. 3:5, 7). Además, es por su amor que Dios sigue asegurando y protegiendo a sus hijos, prometiéndoles una relación con Él que durará por toda la eternidad (cp. Jn. 14:1-4; Ef. 1:13-14; 5:27; 1 P. 1:3-4).

El apóstol Juan escribió esto acerca del amor de Dios por los creyentes: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos

llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él” (1 Jn. 3:1). La expresión traducida “cuál amor” viene de *potapos*, que originalmente significaba “¿de qué nación?” Describe el amor divino como algo ajeno a los seres humanos y que está fuera de su capacidad natural de entendimiento — otro tipo mundano de amor — como si fuera un concepto de una cultura extranjera o raza desconocida. Por lo general las personas no aman a los extranjeros, y especialmente no aman a sus enemigos (cp. Mt. 5:43-48). Sin embargo, Dios decidió amar a pecadores elegidos incluso cuando eran pecadores *rebeldes* (Ef. 2:1-10; cp. Jn. 15:13, 16; Ro.5:8; 1 Ti. 1:12-16; 1 Jn. 4:19).

En su oración sacerdotal, Jesús describió aún más la clase de amor que su Padre tiene por sus hijos:

La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado. Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos (Jn. 17:22-26).

Aunque los creyentes no hicieron nada para ganarse el afecto de Dios (y en realidad hicieron todo por provocarlo a ira), El Padre ama a los pecadores redimidos con el mismo amor que tiene por su Hijo. Se trata de un amor que es infinito, eterno y totalmente seguro. Juan escribió en su evangelio que Dios amó “a los suyos... los amó hasta el fin” (13:1), es decir a la perfección y para siempre. Es más, nada separará alguna vez a los creyentes de tal amor, como Pablo declara en Romanos 8:38-39:

Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.

GUARDADOS

y guardados en Jesucristo: (1d)

Guardados en se traduce de un participio pasivo perfecto (*tetērēmenois*), del verbo *tēreō*, “observar, poner atención a, colocar bajo resguardo, sustentar”. Aunque los traductores de la *Reina-Valera 1960* tradujeron la redacción de Judas como **guardados en**, el caso dativo del participio sugiere que “guardados por” (nvi) podría ser una traducción preferible. De ahí que la frase de Judas repita la propia enseñanza de Jesús sobre la preservación de los creyentes:

Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre (Jn. 10:27-29; cp. 6:37-44; 17:11, 15; Ro. 8:31-39).

Jesucristo ha prometido mantener seguros a los creyentes por toda la eternidad (Jn. 6:35-40; 10:27-30; Ro. 8:35-39), una garantía que hizo posible por su muerte en la cruz. Por medio de su sacrificio de una sola vez (1 P. 3:18), Cristo extiende el perdón de pecados, la realidad de la vida eterna y la esperanza de glorificación a sus seguidores.

Además, lo que Cristo aseguró en la cruz el Padre lo protege por medio de su poder (1 P. 1:5). No existe ninguna persona o poder en el universo que sea más grande que Dios. Tampoco hay alguna fuerza que alguna vez pudiera acabar con el agarre amoroso que tiene sobre los que le pertenecen. Como resultado, los creyentes pueden reposar en Él, sabiendo que su salvaguardia eterna está en las manos omnipotentes de Dios. Este es un terreno importante en que los creyentes pueden luchar sin temor contra falsos maestros. Aquellos que creen que la salvación se puede perder deberían ser coherentes y reacios a participar de cerca en tan mortal error. Judas empieza su carta quitando ese temor innecesario: ¡Los creyentes son **guardados!**

BENDECIDOS

Misericordia y paz y amor os sean multiplicados. (2)

La salvación que Dios provee para sus hijos está llena de abundantes

bendiciones (Sal. 37:6, 17, 24, 39; 84:5, 11; 92:12-14; Mt. 6:31-33; Jn. 10:10; Hch. 20:32; Ro. 9:23; 2 Co. 9:8-10; Fil. 4:19), tres de las cuales Judas enumera en este saludo. Él toma la frase **misericordia y paz**, un saludo común judío (cp. 1 Ti. 1:2; 2 Ti. 1:2; 2 Jn. 3), y le añade **amor** para recordar a sus lectores el amor de Cristo por ellos (cp. Ef. 3:19; Ap. 1:5). Esta triple expresión ocurre solo aquí en el Nuevo Testamento.

Sean multiplicados (una forma del verbo *plēthunō*) significa “ser aumentado” implícitamente hasta la medida más plena. La oración de Judas es que sus lectores disfrutaran continuamente la bendición del Señor, por difícil que la batalla espiritual pudiera llegar a ser (cp. 1 P. 1:2; 2 P. 1:2).

Primero, la bendición de Dios incluye un generoso suministro de su **misericordia** (Mr. 5:19; Lc. 1:50; Ro. 9:15; Gá. 6:16; Ef. 2:4; Tit. 3:5; 1 P. 2:10; cp. Is. 63:9; Jer. 31:20). Cada vez que los creyentes pecan, encuentran siempre una amplia provisión de misericordia en el trono de gracia de Dios (He. 4:16). Pablo dijo a los romanos: “las riquezas de su gloria [de Dios], las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria” (Ro. 9:23). Los “vasos de misericordia”, aquellos pecadores a quienes Él ha elegido para salvación, reciben continuamente el derramamiento de la misericordia divina, como copas o tazones que se están rellenando constantemente de agua.

A fin de suplir las necesidades en cada circunstancia, Dios también multiplica su **paz** a los creyentes, una paz que proviene de saber que sus pecados son perdonados. Jesús consoló a los apóstoles con estas palabras: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo” (Jn. 14:27; cp. 16:33; Sal. 29:11; 85:8; 119:165; Is. 9:7; 26:3; Jer. 33:6; Lc. 2:14; Ro. 5:1; 15:13; 1 Co. 14:33; Gá. 5:22; Fil. 4:7; Col. 3:15; 1 Ts. 5:23).

Dios también bendice a los creyentes con efusiones constantes de **amor**. Pablo manifestó: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Ro. 5:5; cp. 8:39; Jn. 16:27; 17:23; Ef. 2:4; 2 Ts. 2:16; 1 Jn. 4:7-10). (Para más sobre el amor de Dios por los creyentes, véase John MacArthur, *The God Who Loves* [Nashville: Word Publishing, 2001]).

Es evidente que Dios derrama sus abundantes bendiciones sobre

aquellos que llama, ama y guarda. Ser su hijo incluye privilegio infinito y bendición espiritual (Ef. 1:3). Sin embargo, con esas bendiciones viene una gran responsabilidad, un tema aleccionador que Judas enfoca ahora.

EXHORTACIÓN DE JUDAS

Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos. (3)

Al usar el término **amados**, Judas muestra su sincera preocupación pastoral por sus lectores (cp. Ro. 1:7; 12:19; 1 Co. 4:14; 15:58; Ef. 5:1; Fil. 2:12; Stg. 1:16, 19; 2:5; 1 P. 4:12; 1 Jn. 2:7; 3:2, 21). Esa preocupación no era una forma superficial de sensiblería, sino una expresión sentida de afecto por el pueblo de Dios. También personifica una inquietud nacida de una profunda convicción respecto a la importancia crucial de la verdad de Dios.

Inicialmente Judas tuvo **gran solicitud** en escribir **acerca de la común salvación** que compartía con sus lectores. **Solicitud** (*spoudē*) connota apremio o velocidad, y puede significar que Judas se apuró en escribir, o que se esforzó pero no pudo completar lo que originalmente planeaba decir. Cualquiera que sea el caso, la presencia de falsa enseñanza se lo impidió, impresionándolo con la urgente necesidad de convocar a la iglesia a batallar. Su idea inicial era hablar positivamente de las bendiciones participadas de la **salvación**. Pero esa misma salvación estaba bajo ataque por parte de apóstatas, de ahí el cambio de temas.

Al igual que Pablo, quien escribió a los corintios: “Me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!” (1 Co. 9:16), a Judas le **ha sido necesario** (una pesada carga o mandato) escribir. *Agchō*, la raíz del sustantivo traducido **necesario**, significa literalmente “comprimir”. Judas reconoció que él era un atalaya de la verdad (cp. Ez. 3:16-21) que no podía tan solo observar en silencio mientras sus lectores se deslizaban dentro del error. La ferviente pasión de Judas por la sana doctrina, en especial con relación al evangelio, hacía que hasta pensar en la falsa enseñanza fuera una pesada carga en su corazón (cp. 2 Co. 11:28). Él y sus lectores no iban

a participar de una **común salvación** si ellos perdían el evangelio.

Judas también sentía un amor profundo por sus lectores, es decir que le interesaba el bienestar espiritual de ellos. En consecuencia, su tono transmitía una preocupación genuina similar a la de Pablo, quien escribió a los ancianos en Éfeso: “Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno” (Hch. 20:31; cp. Col. 1:29).

Judas no podía dejar de **exhortar** (*parakaleō*, “apelar, animar”) a sus lectores a que contendieran **ardientemente por la fe**. La poderosa expresión **contendáis ardientemente** se traduce de un infinitivo presente (*epagōnizomai*) y resalta la necesidad de defender la verdad de modo continuo y vigoroso (cp. 1 Ti. 1:18; 6:12; 2 Ti. 4:7). Se trata de un verbo compuesto del que se translitera el español *agonizar*. Desde la época de Judas hasta el día de hoy, los verdaderos creyentes siempre han tenido que batallar por la pureza del evangelio de salvación.

Al referirse a **la fe**, Judas no está hablando de un conjunto nebuloso de doctrinas religiosas. Más bien, **la fe** constituye la fe cristiana, la fe del evangelio, la verdad objetiva de Dios (es decir, todo lo perteneciente a **nuestra común salvación**). Esto es de lo que Lucas escribió en Hechos 2:42 para hacer notar que los primeros creyentes “perseveraban en la doctrina de los apóstoles” (cp. 1 Co. 15:1-4; 2 Ts. 3:6). Pablo encomendó a Timoteo que protegiera esa fe: “Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús. Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros” (2 Ti. 1:13-14; cp. 1 Ti. 6:19-20).

La verdad de Dios es de suma importancia en la vida y el ministerio (cp. Sal. 25:5, 10; 71:22; 119:142, 160; Pr. 23:23; Jn. 4:24; 8:32; 2 Co. 13:8; 1 Ti. 2:4; 2 Ti. 2:15). Manipular y distorsionar esa verdad, o mezclarla con error, es invitar la ira eterna de Dios. Por eso Pablo advirtió a los gálatas: “Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema” (Gá. 1:9). Además, el apóstol Juan expresó a sus lectores:

Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo. Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido!

Porque el que le dice: ¡Bienvenido! participa en sus malas obras (2 Jn. 9-11).

Judas define aún más **la fe** en términos concisos y específicos como **que ha sido una vez dada a los santos**. *Hapax (una vez)* se refiere a algo que se logra o se completa una sola vez, con resultados perdurables y sin necesidad de repetición. A través del Espíritu Santo, Dios reveló la fe cristiana (cp. Ro. 16:26; 2 Ti. 3:16) a los apóstoles y sus colaboradores en el siglo i. Sus escritos en el Nuevo Testamento, junto con las Escrituras del Antiguo Testamento, conforman el verdadero “conocimiento” de Jesucristo, y es todo lo que los creyentes necesitan para la vida y la piedad (2 P. 1:3; cp. 2 Ti. 3:16-17).

Los autores del Nuevo Testamento no descubrieron las verdades de la fe cristiana por medio de experiencias religiosas místicas. Más bien Dios, con finalidad y certeza, entregó el contenido completo de su revelación en la Biblia. Cualquier sistema que afirme tener nueva revelación o nueva doctrina debe ser descartado como falso (Ap. 22:18-19). La Palabra de Dios es suficiente; es todo lo que los creyentes necesitan para contender por la fe y oponerse a la apostasía dentro de la Iglesia.

2. Advertencias contra los apóstatas

Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo. Mas quiero recordaros, ya que una vez lo habéis sabido, que el Señor, habiendo salvado al pueblo sacándolo de Egipto, después destruyó a los que no creyeron. Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día; como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquéllos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno. (4-7)

La sana doctrina está bajo asedio. Es más, siempre lo ha estado.

El ataque a la verdad es tan antiguo como la historia humana.

Comenzó en el huerto del Edén, cuando Satanás tergiversó la Palabra de Dios y convenció a Eva de que desobedeciera a su Creador (Gn. 3:1-6). Desde entonces el “padre de mentira” (Jn. 8:44) ha continuado sin cesar su amarga ofensiva contra la verdad divina (cp. Hch. 20:29-30; Ef. 6:10-18). Su meta es simple: oponerse al avance del reino de Dios a cualquier costo. Su táctica es sigilosa, atrayendo a sus víctimas por medio del engaño y la distorsión. Su estrategia es exitosa entre los no creyentes (dentro de los límites soberanos de Dios), como deja bien en claro el embrollo tan confuso de la religión moderna.

Sin embargo, a pesar de las victorias aparentes de Satanás, sus días están contados. Dios mismo promete que al final la verdad prevalecerá (cp. 2 Ts. 2:5-17); el reino eterno de Cristo (en el cual el error no tiene parte) se establecerá un día (2 P. 3:13). En cuanto al maligno y sus tácticas guerrilleras, serán vencidos para siempre (Ap. 20:10).

Mientras tanto, reconociendo que Satanás está todavía al acecho (1 P. 5:8), los cristianos deben ser serios y firmes en contender por la fe (véase el v. 3). Deben ser proactivos en ir tras la verdad, y también en confrontar y resistir todo lo falso. Eso requiere gran discernimiento, sabiduría, fortaleza y entereza. El apóstol Pablo exhortó a Timoteo: “Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús. Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros” (2 Ti. 1:13-14; cp. 1 Ti. 6:20-21). Al igual que Timoteo, los creyentes de la actualidad tienen el mandato de tomar en serio la verdad del evangelio, haciendo todo lo posible por proteger y preservar su pureza. Esto es especialmente crucial para pastores y ancianos, quienes como responsables por “la grey de Dios” (1 P. 5:2), deben ser fieles en retener “la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda[n] exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen” (Tit. 1:9). Ellos son responsables por interpretar correctamente la Biblia o quedarán avergonzados (cp. 2 Ti. 2:15).

Sin duda alguna Judas entendió lo que estaba en juego; sabía que en la iglesia se estaban infiltrando enemigos. Él reconoció que se estaba preparando una batalla, un conflicto que caracterizaba la más novedosa campaña de Satanás en su prolongada guerra contra la verdad. Por eso Judas escribió esta carta: para alertar a sus lectores acerca de los peligros doctrinales que enfrentaban por parte de los agentes de Satanás. Como un general que instruye a sus tropas acerca

del enemigo, Judas hace para sus lectores una reseña de estos enemigos apóstatas. Por tanto, en esta sección trata con la presencia, la predicción, la descripción y el deterioro de los falsos maestros con el fin de que su audiencia pueda estar bien preparada para desenmascarar y desarmar a esos terroristas espirituales.

LA PRESENCIA DE LOS APÓSTATAS

Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, (4a)

La advertencia de Judas no era simplemente hipotética; los falsos maestros ya estaban presentes. La palabra traducida **entrado encubiertamente** (*pareisduō*) aparece solo aquí en el Nuevo Testamento, y tiene la connotación de escurrirse en secreto con mala intención. En el griego común la expresión describía la sagacidad de un abogado que por medio de argumentación astuta se infiltra en las mentes de los funcionarios del tribunal y les corrompe el pensamiento. Después de penetrar en la iglesia, los apóstatas estaban en posición de presentar “encubiertamente herejías destructoras” (2 P. 2:1).

Sin lugar a dudas, hay muchos falsos maestros fuera de la iglesia que propagan mentiras y engaños, y que abiertamente proclaman su oposición al cristianismo. Jesús advirtió a los apóstoles: “Mirad por vosotros mismos; porque os entregarán a los concilios, y en las sinagogas os azotarán; y delante de gobernadores y de reyes os llevarán por causa de mí, para testimonio a ellos” (Mr. 13:9; cp. Hch. 4:1-3, 13-18; 5:17-18, 26-40; 6:12-14; 7:54, 57-59; 8:1-3; 12:1-4; 14:19; 16:19-24; 17:5-9; 21:26-36; 23:12—24:9). No obstante, los falsos pastores, ancianos, diáconos y maestros dentro de la iglesia son por lo general mucho más peligrosos. Los ataques desde fuera de la iglesia a menudo unen al pueblo, pero los ataques desde el interior (que vienen de los falsos maestros) por lo general dividen y confunden al rebaño.

Estos falsos maestros entran **encubiertamente**, se infiltran en la estructura de la iglesia y causan el mayor daño posible. En consecuencia, la verdadera comunión, adoración, ministración y evangelización desaparecen a medida que la iglesia sucumbe ante devastadores errores tanto en doctrina como en práctica. El Nuevo Testamento reiteradamente advierte del peligro que la apostasía representa dentro de la Iglesia (cp. Hch. 20:28-31; 2 Co. 11:12-15; Gá. 1:6-9; 3:1-3; Col. 2:8, 18-19; 2 P. 2; 1 Jn. 2:9-11, 18-22; 4:1-6; 2 Jn.

7-11). En la Iglesia de hoy, dicha apostasía toma muchas formas. Los falsos maestros escriben libros y editan publicaciones, hablan por radio y televisión, enseñan en universidades y seminarios, predicán en púlpitos, y tienen sitios web en la Internet. Satanás siempre siembra su cizaña en medio del trigo (Mt. 13:24-30), y levanta falsos hermanos disfrazándolos como mensajeros de la verdad (cp. 2 Co. 11:14).

A pesar de que la descripción que Judas hace de los apóstatas como **algunos hombres** es ambigua, su específica identidad histórica no es esencial para el punto principal de Judas; es decir, que todos los embaucadores espirituales representan un peligro claro y actual para la Iglesia, cualquiera que sea su error. Judas tampoco considera necesario detallar los matices de la falsa teología particular de estos mentirosos. Podría haberse tratado de una forma incipiente de gnosticismo o de una versión temprana de nicolaísmo (una herejía que pervertía la gracia y promovía conducta malvada e inmoral; véase Ap. 2:6, 15). En cualquier caso, los lectores de Judas sabían quiénes eran los apóstatas y qué enseñaban. Por tanto, les advirtió que estuvieran alerta. De igual modo, los cristianos contemporáneos también deben estar conscientes de similares herejes que aún amenazan la iglesia de hoy (Mt. 7:15; 24:11; Hch. 20:29).

LA PREDICCIÓN REFERENTE A LOS APÓSTATAS

los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, (4b)

Desde los primeros tiempos de la historia de la redención, Dios ha prometido juzgar a los apóstatas con la mayor severidad. El tiempo perfecto del participio *progegrammenoi* (**desde antes habían sido destinados**) sugiere que hace mucho tiempo Dios pronunció condenación contra todos los apóstatas. Estos son hijos de ira a quienes Él ha ordenado **para esta condenación** profetizada. Judas también se refirió a tal condenación en los versículos 14-15 de esta carta:

De éstos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él (Véase el

estudio de este pasaje en el capítulo 4 de esta obra; cp. Is. 47:12-15; Sof. 1:4-6; 2 P. 2:17, 20-22).

Los profetas del Antiguo Testamento también hicieron muchas predicciones acerca del juicio a los apóstatas (Is. 8:20-22; Jer. 5:13-14; 8:12-13; Os. 9:7-9; Sof. 3:1-8), igual que hizo el apóstol Pedro:

Por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme. Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio; y si no perdonó al mundo antiguo, sino que guardó a Noé, pregonero de justicia, con otras siete personas, trayendo el diluvio sobre el mundo de los impíos; y si condenó por destrucción a las ciudades de Sodoma y de Gomorra, reduciéndolas a ceniza y poniéndolas de ejemplo a los que habían de vivir impiamente (2 P. 2:3-6).

(Véase también el estudio de dichos versículos en el capítulo 30 de mi comentario de 1 y 2 Pedro). El veredicto contra estos apóstatas fue dictado hace mucho tiempo, lo que quiere decir que su juicio final es inevitable e inalterable.

DESCRIPCIÓN DE LOS APÓSTATAS

hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo. (4c)

Sin lugar a dudas, los apóstatas de la época de Judas (al igual que los falsos maestros de cualquier período) se caracterizaban por la impiedad (cp. v. 15). Afirmaban que pertenecían a Dios y hablaban por Él; sin embargo, sus corazones estaban lejos de Dios (cp. Mt. 7:15-23). A la luz de esta realidad Judas describió el carácter, la conducta, y el credo de estos mentirosos como corruptos.

SU CARÁCTER

hombres impíos, (4c)

Al ser **hombres impíos** (*asebēs*), los falsos maestros no podían adorar a Dios de forma adecuada. Es más, estaban y están

desprovistos de toda reverencia hacia Él. Los padres de la iglesia primitiva usaron el término *asebēs* en referencia a ateos y herejes. Esos individuos solo juegan a la religión, aunque no poseen ningún temor verdadero de Dios ni amor por Él (cp. Mt. 23:25; 1 Ti. 6:5; 2 Ti. 3:5; Tit. 1:16). A pesar de que pretenden ser líderes espirituales, en realidad traicionan notoriamente la confianza de sus mandantes en formas escandalosamente inmorales y antiéticas. Todos ellos afirman conocer y hablar con veracidad de Dios, de Jesús y de la Biblia, pero el carácter pecaminoso que muestran socava tal afirmación.

SU CONDUCTA

que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, (4c)

La falsa espiritualidad de los apóstatas no podía reprimir sus deseos carnales. Pervierten **la gracia de Dios** y la **convierten en libertinaje** (*aselgeia*, “sensualidad, indecencia, vicio desenfrenado”) o en “lascivia” (que es la traducción de *aselgeia* en Gá. 5:19). Bajo la tiranía de sus pasiones no redimidas (cp. Ro. 8:3-6; 2 Co. 7:1; Gá. 5:16-17, 24; 6:8; Fil. 3:3), los falsos maestros complacían en secreto sus deseos carnales. Entonces, para empeorar las cosas excusaban su conducta pervirtiendo el concepto bíblico de la gracia. Al hacer eso demostraban que nunca habían aceptado en realidad la salvación de Cristo; si ellos en verdad hubieran saboreado el perdón divino, no habrían usado la gracia como una licencia para pecar (cp. Ro. 6:1-2; Gá. 5:13; 1 P. 2:16; 2 P. 2:19).

SU CREDO

y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo. (4c)

Los falsos maestros apóstatas se ven a sí mismos como sus propios amos. Por tanto, se niegan a reconocer sinceramente el señorío de **Jesucristo** (Sal. 89:27; Hch. 7:55-56; 10:36; Ro. 5:1; 6:23; 10:9, 12; Ef. 1:21-22; 4:15; Fil. 2:11; Col. 1:18; 2:10; 1 Ti. 6:15; Ap. 5:12; 19:16). No se someten a Jesús como **soberano** (*despotēs*, “amo gobernante”) y **Señor** (*kurios*, “dueño”, “propietario”, términos usados como títulos de deferencia y honor); ni le dan la honra que singularmente requiere como **Dios** el Hijo y el Salvador de pecadores. Por consiguiente, le **niegan** a Cristo su posición que le corresponde como Dios (Jn. 5:23),

como Rey (Mt. 25:34; Jn. 1:49-51; 12:13; 18:37), y como Mesías (Mt. 2:4-6; Mr. 8:27-29; Lc. 2:25-35; Jn. 4:25-26). De ese modo confirman que son falsos, pues “profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra” (Tit. 1:16).

LA MALDICIÓN DE LOS APÓSTATAS

Mas quiero recordaros, ya que una vez lo habéis sabido, que el Señor, habiendo salvado al pueblo sacándolo de Egipto, después destruyó a los que no creyeron. Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día; como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquéllos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno. (5-7)

Judas proporciona en este pasaje más entendimiento acerca de la condenación de los engañadores (v. 4b) citando tres de los juicios pasados de Dios contra los apóstatas: a saber, israelitas apóstatas, ángeles apóstatas y gentiles apóstatas. Este segmento se asemeja mucho a 2 Pedro 2:3-10. Allí el apóstol escribió acerca del juicio divino sobre ángeles caídos, sobre incrédulos a través del diluvio, y sobre los habitantes tan malvados de Sodoma y Gomorra. (Véase el análisis de 2 Pedro 2:3b-10a en el capítulo 30 de mi comentario de 1 y 2 Pedro). Judas se centró igualmente en los ángeles caídos y en los moradores de Sodoma y Gomorra, pero hizo referencia a los israelitas incrédulos en lugar de las personas de la época de Noé. Tanto en las cartas de Pedro como de Judas las referencias son breves y generales porque ya eran conocidas por sus lectores.

LOS ISRAELITAS APÓSTATAS

Mas quiero recordaros, ya que una vez lo habéis sabido, que el Señor, habiendo salvado al pueblo sacándolo de Egipto, después destruyó a los que no creyeron. (5)

El uso que Judas hace de ejemplos conocidos del Antiguo Testamento surgió del deseo de recordarles a sus lectores (cp. 2 P. 1:12) que los

desertores de la verdad siempre enfrentarán juicio divino.

El primer ejemplo se centró en **que el Señor, habiendo salvado al pueblo** (Israel) **sacándolo de Egipto, después** los guió a través del desierto. Como una imagen vívida de la redención, la historia del Éxodo era una poderosa ilustración del amor de Dios por su pueblo, simbolizado y conmemorado en la Pascua (Éx. 12; cp. Lc. 22:20; 1 Co. 5:7). Pero también era un severo recordatorio del juicio divino, no solo sobre los egipcios sino también sobre aquellos israelitas que pérfidamente se apartaron de Dios (1 Co. 10:1-18). Aunque Judas sabía que sus lectores estaban muy conscientes de la historia (**que una vez** la habían **sabido**) la usó para revelarles la inmutable actitud de Dios hacia cualquiera en cualquier tiempo o lugar que corrompa la Palabra. Es más, el juicio de Dios contra los apóstatas se detalla a lo largo de todo el Antiguo Testamento (Jue. 11:14-21; Neh. 9:21; Sal. 78; 95; 105; 106; cp. Dt. 4:27; 28:64; Os. 9:17; Zac. 7:14).

Una vez que Dios liberó de Egipto a los israelitas, **después destruyó a los que no creyeron** (Éx. 7:14—17:7; Nm.11:1—14:38). Números 14:26-38 resume la rebelión de Israel y la respuesta de Dios:

Y Jehová habló a Moisés y a Aarón, diciendo: ¿Hasta cuándo oiré esta depravada multitud que murmura contra mí, las querellas de los hijos de Israel, que de mí se quejan? Diles: Vivo yo, dice Jehová, que según habéis hablado a mis oídos, así haré yo con vosotros. En este desierto caerán vuestros cuerpos; todo el número de los que fueron contados de entre vosotros, de veinte años arriba, los cuales han murmurado contra mí. Vosotros a la verdad no entraréis en la tierra, por la cual alcé mi mano y juré que os haría habitar en ella; exceptuando a Caleb hijo de Jefone, y a Josué hijo de Nun. Pero a vuestros niños, de los cuales dijisteis que serían por presa, yo los introduciré, y ellos conocerán la tierra que vosotros despreciasteis. En cuanto a vosotros, vuestros cuerpos caerán en este desierto. Y vuestros hijos andarán pastoreando en el desierto cuarenta años, y ellos llevarán vuestras rebeldías, hasta que vuestros cuerpos sean consumidos en el desierto. Conforme al número de los días, de los cuarenta días en que reconocisteis la tierra, llevaréis vuestras iniquidades cuarenta años, un año por cada día; y conoceréis mi castigo. Yo Jehová he hablado; así haré a toda esta multitud perversa que se ha juntado contra mí; en este

desierto serán consumidos, y ahí morirán. Y los varones que Moisés envió a reconocer la tierra, y que al volver habían hecho murmurar contra él a toda la congregación, desacreditando aquel país, aquellos varones que habían hablado mal de la tierra, murieron de plaga delante de Jehová. Pero Josué hijo de Nun y Caleb hijo de Jefone quedaron con vida, de entre aquellos hombres que habían ido a reconocer la tierra.

Para los lectores de Judas, el juicio a Israel fue un recordatorio vívido de lo que sucede a los que (sea que se vuelvan maestros del Señor o no), después de oír lo que Dios espera y siendo testigos de lo que Él puede hacer, aún fallan en creer (cp. Mt. 13:54-58; Mr. 3:1-6, 20-30; 6:1-6; Jn. 6:60-71; 8:31-59). El Señor condenará y destruirá a tales renegados (cp. Mt. 11:20-24; He. 3:7-12; 10:26-31).

LOS ÁNGELES APÓSTATAS

Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día;
(6)

El segundo ejemplo que Judas dio fue el de **los ángeles** apóstatas. El hecho de que estos ángeles no estén específicamente identificados indica que Judas supuso que su audiencia conocía a fondo los detalles de tan extraordinaria deserción.

Los comentaristas han ofrecido tres opiniones principales en cuanto a la identidad de dichos ángeles. Algunos sostienen que la referencia de Judas es a un episodio del que sus lectores no sabían nada. Pero eso no se ajusta al contexto más amplio en que, como ya se indicó, Judas recordó a sus lectores que ya habían sabido la historia (cp. v. 5). En consecuencia, se debe suponer que Judas se refirió a un relato del Antiguo Testamento que era de conocimiento general para su audiencia.

Otros afirman que Judas se refirió a la caída original de Satanás (Is. 14:12-15; Ez. 28:12-17; cp. Lc. 10:18; Ap. 12:7-10). Esa es una interpretación posible, pero no explica la mención que Judas hace de **prisiones eternas**, la cual no se aplica a la actual posición de Satanás y los demonios. El apóstol Pedro escribió correctamente que “el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien

devorar” (1 P. 5:8; cp. Job 1:6-7). Por eso es poco probable que Judas esté refiriéndose a la caída de Satanás.

Un tercer y más convincente punto de vista es que Judas se refirió a una infracción sumamente atroz de algunos de los ángeles caídos. Este pecado, relatado en el Antiguo Testamento (Gn. 6:1-4), fue tan grave que Dios encadenó a los demonios transgresores para evitar que volvieran a cometer tal perversidad. (Para un análisis más completo del pecado cometido por dichos ángeles, véanse los comentarios sobre 1 P. 3:18b-20a en el capítulo 19 y 2 P. 2:4 en el capítulo 30 de mi comentario de 1 y 2 Pedro).

Pedro comentó que esos ángeles pecaron, mientras que Judas describió dos aspectos íntimamente relacionados del pecado que cometieron. Primero, **no guardaron su dignidad**. En vez de permanecer en su propia esfera de autoridad dada por Dios, salieron de allí. Segundo, **abandonaron su propia morada**. Junto con Lucifer se rebelaron contra su papel y lugar de seres creados en el cielo (cp. Is. 14:12). Cuando Dios los expulsó del cielo a causa de esa rebelión (cp. Ap. 12:4, 9), algunos continuaron su descendente caída hasta el punto de tomar aspecto masculino humano y cohabitar con mujeres humanas a fin de producir una generación de hijos influenciados por demonios y totalmente corruptos (cp. Gn. 6:11-13). Dios envió a tales ángeles (demonios) apóstatas particulares a un lugar **bajo oscuridad** para el juicio del gran día. Pedro escribió que Dios “los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio” (2 P. 2:4).

LOS GENTILES APÓSTATAS

como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquéllos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno. (7)

Para su tercer ejemplo de juicio divino pasado sobre apóstatas, Judas les recordó a sus lectores lo sucedido en **Sodoma y Gomorra**. La gente malvada que vivía en esos lugares, **y las ciudades vecinas**, participaban en pecados igualmente escandalosos y espantosos que los de los ángeles. Génesis 18:16—19:29 relata los sórdidos detalles, mientras que 19:1-11 presta atención especial a las acciones

depravadas de los residentes no arrepentidos:

Llegaron, pues, los dos ángeles a Sodoma a la caída de la tarde; y Lot estaba sentado a la puerta de Sodoma. Y viéndolos Lot, se levantó a recibirlos, y se inclinó hacia el suelo, y dijo: Ahora, mis señores, os ruego que vengáis a casa de vuestro siervo y os hospedéis, y lavaréis vuestros pies; y por la mañana os levantaréis, y seguiréis vuestro camino. Y ellos respondieron: No, que en la calle nos quedaremos esta noche. Mas él porfió con ellos mucho, y fueron con él, y entraron en su casa; y les hizo banquete, y coció panes sin levadura, y comieron. Pero antes que se acostasen, rodearon la casa los hombres de la ciudad, los varones de Sodoma, todo el pueblo junto, desde el más joven hasta el más viejo. Y llamaron a Lot, y le dijeron: ¿Dónde están los varones que vinieron a ti esta noche? Sácalos, para que los conozcamos. Entonces Lot salió a ellos a la puerta, y cerró la puerta tras sí, y dijo: Os ruego, hermanos míos, que no hagáis tal maldad. He aquí ahora yo tengo dos hijas que no han conocido varón; os las sacaré fuera, y haced de ellas como bien os pareciere; solamente que a estos varones no hagáis nada, pues que vinieron a la sombra de mi tejado. Y ellos respondieron: Quita allá; y añadieron: Vino este extraño para habitar entre nosotros, ¿y habrá de erigirse en juez? Ahora te haremos más mal que a ellos. Y hacían gran violencia al varón, a Lot, y se acercaron para romper la puerta. Entonces los varones alargaron la mano, y metieron a Lot en casa con ellos, y cerraron la puerta. Y a los hombres que estaban a la puerta de la casa hirieron con ceguera desde el menor hasta el mayor, de manera que se fatigaban buscando la puerta.

En cierto modo como los ángeles pervertidos antes que ellos, y **de la misma manera que aquéllos**, los sodomitas fornicaron y fueron **en pos de vicios contra naturaleza**. Al solicitar favores sexuales de los santos mensajeros divinos, ellos también pervirtieron el diseño que Dios les asignó. **Fornicado** se traduce de una palabra compuesta (*ekporneuō*), que sugiere que tal conducta homosexual e intento de fornicación era especialmente desviado del diseño ordenado por Dios para la sexualidad humana (cp. Lv. 18:22; 20:13; Ro. 1:26-27; 1 Co. 6:9; 1 Ti. 1:9-10). El hecho de que los hombres de Sodoma hubieran **ido en pos de vicios contra naturaleza** indica que, al igual que

los ángeles apóstatas, persiguieron a criaturas (ángeles) más allá de lo que les era apropiado. (Para un estudio adicional de Sodoma y Gomorra, véase la exposición de 2 P. 2:6-8 en el capítulo 30 de mi comentario de 1 y 2 Pedro).

Las personas de Sodoma y Gomorra **fueron puestas por ejemplo** de que Dios castiga a los apóstatas con certeza y severidad (Mt. 11:23; Ro. 9:29; 2 P. 2:6; cp. Is. 1:9-10; Am. 4:11). Finalmente, estos serán sentenciados al **castigo del fuego eterno**, el infierno ardiente de horrible tormento, donde el castigo es eterno (Mt. 3:12; 13:42, 50; 25:41; cp. Sal. 9:17; Pr. 5:5; 9:17-18; 15:24; Is. 33:14; Mt. 5:29; 8:12; 10:28; 25:46). Este es el juicio final y permanente de Dios sobre los no regenerados, especialmente sobre los que desprecian o abandonan la verdad divina (cp. Ap. 19:20). El apóstol Juan describió de esta manera al infierno: “El diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos” (Ap. 20:10; cp. Is. 30:33).

Este poderoso pasaje, con sus tres ilustraciones dramáticas de la apostasía, es un aleccionador recordatorio de la suerte final que les espera a quienes desertan de la fe. Como tal, proporciona una motivación apropiada para los creyentes a medida que continúan conteniendo por la verdad. También sirve como una advertencia solemne para cualquiera que conoce la verdad pero que por alguna razón se inclina a alejarse del evangelio (He. 6:4-8). Después de todo, si se hace caso omiso a la amonestación de Judas, las consecuencias son aterradoras:

¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo! (He. 10:29-31).

Por tanto, el sufrimiento eterno más severo corresponderá a aquellos que conocen y rechazan la verdad. Aún más terrible será el juicio para los que, una vez hecho esto, sigan enseñando mentiras demoníacas como si fueran verdaderas (cp. Stg. 3:1).

3. Los apóstatas ejemplificados

No obstante, de la misma manera también estos soñadores mancillan la carne, rechazan la autoridad y blasfeman de las potestades superiores. Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando con él por el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda. Pero éstos blasfeman de cuantas cosas no conocen; y en las que por naturaleza conocen, se corrompen como animales irracionales. ¡Ay de ellos! porque han seguido el camino de Caín, y se lanzaron por lucro en el error de Balaam, y perecieron en la contradicción de Coré. Estos son manchas en vuestros ágapes, que comiendo impúdicamente con vosotros se apacientan a sí mismos; nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos; árboles otoñales, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados; fieras ondas del mar, que espuman su propia vergüenza; estrellas errantes, para las cuales está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas. (8-13)

El terrorismo siempre ha existido en varias formas. Desde asesinatos políticos hasta secuestros notorios y guerra de guerrillas, la historia está repleta de hombres que han tratado de lograr un cambio por medios violentos. Pero en la fecha decisiva del 11 de septiembre de 2001, el terrorismo alcanzó un nuevo nivel cuando mercenarios de la red terrorista Al Qaeda secuestraron cuatro aviones de pasajeros y los utilizaron como misiles. La consecuente destrucción de las torres gemelas del Centro Mundial de Comercio en la Ciudad de Nueva York

utilizaron como misiles. La consecuente destrucción de las torres gemelas del Centro Mundial de Comercio en la Ciudad de Nueva York y el daño al Pentágono en Washington D.C. (junto con el accidente del cuarto avión en la región rural de Pennsylvania), mataron a más de tres mil personas y asestaron un duro golpe a la economía estadounidense, acrecentando la amenaza del terrorismo internacional a una altura sin precedentes. En respuesta, se crearon estrictas precauciones de seguridad, especialmente para viajes por vía aérea, industrias vitales y eventos públicos de gran notoriedad. Antes del 11 de septiembre, los Estados Unidos parecían felizmente inmunes a los ataques terroristas; pero después del increíble derrumbe de las torres gemelas, los estadounidenses obtuvieron conocimiento de primera mano en las tácticas mortales del terrorismo.

A diferencia de la guerra convencional, el terrorismo presenta una amenaza muy grave por dos razones principales. Primera, los terroristas actúan en la clandestinidad. Son relativamente pocos en cantidad, permanecen escondidos, y desde luego que no usan uniformes. Sus planes se mantienen en secreto hasta después que golpean, lo que hace que sus ataques sean muy difíciles de contrarrestar. Segunda, los terroristas por lo general están dispuestos a morir por su causa (a menudo suicidándose mientras llevan a cabo sus objetivos). Están deseosos de sacrificarse por el bien de su misión. De ahí que incluso la posibilidad del más severo castigo humano, como la pena de muerte, no los disuada. Si se los va a frustrar es necesario desenmascararlos y detenerlos antes de que actúen. De otra manera será demasiado tarde.

Las mismas características que hacen a los terroristas políticos tan peligrosos en el mundo, hacen a los maestros apóstatas aún más peligrosos en la Iglesia. Puesto que a menudo se disfrazan como ángeles de luz (2 Co. 11:14) o como lobos vestidos de ovejas (Mt. 7:15), los apóstatas son difíciles de identificar. Además, debido a su propio autoengaño, de buena gana (aunque inconscientemente) aceptan su propia ruina eterna por el bien de sus mentiras venenosas. Al destruir almas, ellos mismos cometen suicidio espiritual.

Ya que para las naciones que aman la libertad es importante batallar contra terroristas ideológicos, para los creyentes es infinitamente más esencial poner al descubierto y rechazar a terroristas espirituales. Los terroristas políticos pueden causar daño material y muerte física, pero

los apóstatas disfrazados como verdaderos maestros pueden subvertir la verdad de Dios y llevar a las personas a creer mentiras condenatorias.

Judas se dio cuenta del inmenso peligro que los apóstatas representan para la verdad divina. Por tanto, animó a sus lectores a contender “ardientemente por la fe” (v. 3), a seguir luchando por la doctrina pura de “nuestra común salvación” (v. 3) contra aquellos que socavarían el evangelio. Pero debido a que los falsos maestros “han entrado encubiertamente” (v. 4), el reto viene en reconocerlos y desenmascararlos antes de que causen daño.

Con tal perspectiva, este pasaje sigue describiendo el verdadero rostro de los apóstatas. Estos son tan impíos y tan peligrosos espiritualmente, que Judas usa el lenguaje más punzante y condenatorio para describirlos. Al hacerlo presenta tres características de la naturaleza de los apóstatas, tres afinidades con los apóstatas del pasado, y cinco comparaciones con fenómenos naturales.

CARACTERÍSTICAS DE LA NATURALEZA DE LOS APÓSTATAS

No obstante, de la misma manera también estos soñadores mancillan la carne, rechazan la autoridad y blasfeman de las potestades superiores. Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando con él por el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda. Pero éstos blasfeman de cuantas cosas no conocen; y en las que por naturaleza conocen, se corrompen como animales irracionales. (8-10)

De la misma manera es una transición importante, y abre aún más el significado del pasaje anterior. Los apóstatas típicamente exhiben rasgos impíos de carácter, así como los israelitas apóstatas, los ángeles caídos, y la población libertina de Sodoma y Gomorra. El comportamiento perverso de **estos soñadores** se deriva de una fantasía, y Judas usa el término **soñadores** para identificar a los apóstatas como falsos visionarios. El Nuevo Testamento normalmente usa el sustantivo *onar* para referirse a sueños (Mt. 1:20; 2:12, 13, 19, 22; 27:19), pero Judas elige aquí una variante del verbo *enupniazō*,

que se usa solo en otro lugar del Nuevo Testamento: Hechos 2:17. En ese pasaje, Pedro (predicando en el día de Pentecostés) declaró: “En los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños” (2:16-17).

La profecía de Joel (Jl. 2:28-32) y su afirmación en el sermón de Pedro muestran que los sueños en cuestión podrían referirse a sueños reveladores (más que a sueños normales). Durante la tribulación, las profecías, las revelaciones y las visiones que ahora han cesado regresarán, junto con revelación divina. Dios hablará a las personas a través de sueños, así como hizo antes en la historia bíblica (p. ej., José en Egipto, Daniel en Babilonia, y otros).

Los falsos maestros a menudo aducen que sus sueños son fuente divina autorizada para las “nuevas verdades” que proclaman, que en realidad solo son mentiras y distorsiones. Tales afirmaciones permiten a los apóstatas substituir su propia autoridad falsa por la verdadera autoridad bíblica de Dios.

Sin duda los sueños de estos **soñadores** también incluyen imaginaciones pervertidas y malvadas de los apóstatas. Al rechazar la Palabra de Dios basan sus enseñanzas engañosas en las divagaciones equivocadas de sus propias mentes perturbadas y endemoniadas. En el Antiguo Testamento, el término “soñador” era prácticamente sinónimo de falso profeta, como se ve en la advertencia de Moisés:

Quando se levantare en medio de ti profeta, o soñador de sueños, y te anunciare señal o prodigios, y si se cumpliere la señal o prodigio que él te anunció, diciendo: Vamos en pos de dioses ajenos, que no conociste, y sirvámosles; no darás oído a las palabras de tal profeta, ni al tal soñador de sueños; porque Jehová vuestro Dios os está probando, para saber si amáis a Jehová vuestro Dios con todo vuestro corazón, y con toda vuestra alma. En pos de Jehová vuestro Dios andaréis; a él temeréis, guardaréis sus mandamientos y escucharéis su voz, a él serviréis, y a él seguiréis. Tal profeta o soñador de sueños ha de ser muerto, por cuanto aconsejó rebelión contra Jehová vuestro Dios que te sacó de tierra de Egipto y te rescató de casa de servidumbre, y trató de apartarte del camino por el cual Jehová tu Dios te mandó que

anduvieses; y así quitarás el mal de en medio de ti (Dt. 13:1-5; cp. Jer. 23:25-32).

En este sentido, el apóstol Pablo advirtió:

Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal, y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios (Col. 2:18-19; cp. 1 Ti. 4:1-2).

Una vez identificados los apóstatas como falsos soñadores, Judas pasa a esbozar tres características de su naturaleza: inmoralidad, insubordinación e irreverencia.

SU INMORALIDAD

mancillan la carne, (8b)

Carne (*sarx*) se refiere aquí al cuerpo físico, no a la esencia de la depravación. Si la intención de Judas hubiera sido lo último habría usado *sarkinos*, como hizo Pablo en Romanos 7:14. La palabra traducida **mancillan** viene del verbo *miainō*, que significa teñir o manchar algo, tal como ropa o vidrio. También puede significar “corromper”, “contaminar” o “pervertir”. Unida a *sarx*, la referencia es a profanación moral y física, o a pecado sexual.

Los maestros apóstatas son inevitablemente inmorales, aunque su inmoralidad no se conozca de modo público. Después de todo, no tienen capacidad para refrenar su lujuria, y por lo general se caracterizan como quienes viven en la pasión de la lujuria porque no conocen a Dios (cp. 1 Ts. 4:5). Más tarde en esta carta Judas escribió que los falsos maestros “no tienen al Espíritu” (v. 19), según lo evidencia el abandono que hacen de la verdad (cp. 1 Jn. 2:19-23). Por tanto, no tienen poder divino para controlar sus propios impulsos pecaminosos (cp. Ro. 6:20-21; 8:7-8; Gá. 5:19), y en vez de eso, “siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia” (2 P. 2:10; cp. 2:18; véase el comentario sobre estos versículos en el capítulo 31 de mi comentario sobre 1 y 2 Pedro). Con el tiempo surgirá inevitablemente la verdad en cuanto a su inmoralidad (cp. 2 Ti. 3:1-9).

SU INSUBORDINACIÓN

rechazan la autoridad (8c)

Puesto que los maestros apóstatas aman su inmoralidad, lo siguiente es que **rechazan la autoridad**. **Rechazan** es una forma del verbo *atheteō*, que se refiere a destruir algo establecido, tal como una autoridad existente. La palabra traducida **autoridad** (*kuriotēs*) se relaciona con el término más conocido *kurios* (“señor”). Debido a que exigen gobernar sus propias vidas, los apóstatas se niegan a someterse al señorío de Cristo sobre ellos (cp. v. 4).

No obstante, la realidad es que tales falsos maestros son muy parecidos a los escribas y fariseos a quienes Jesús confrontó en Mateo 23:27-28: “Sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad”.

SU IRREVERENCIA

y blasfeman de las potestades superiores. Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando con él por el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda. Pero éstos blasfeman de cuantas cosas no conocen; y en las que por naturaleza conocen, se corrompen como animales irracionales. (8d-10)

La frase poco usual de que **blasfeman de las potestades superiores** presenta la tercera acusación de Judas acerca del carácter de los apóstatas. **Blasfeman** viene de *blasphēmeō*, “calumniar”, o “hablar mal de”, especialmente hablar de modo profano de asuntos sagrados, incluso Dios mismo (cp. 2 R. 19:22; Sal. 74:22; Is. 65:7; Ez. 20:27; Mt. 12:31-32). Los falsos maestros no solo eran irreverentes en cierto sentido leve; eran blasfemos, y específicamente **de las potestades superiores**.

La *Reina-Valera 1960* traduce la sola palabra griega *doxa* (“gloria”) como **potestades superiores**. Aunque es posible interpretarla como una referencia a la majestad de Dios, la traducción **potestades**

superiores es mejor a la luz del pasaje paralelo en la epístola de Pedro (2 P. 2:10). En su carta, Pedro usa la misma palabra para identificar a ángeles como los objetos de tal blasfemia (véase el estudio de ese versículo en el capítulo 31 de mi comentario de 1 y 2 Pedro; cp. Dn. 10:13, 20).

A lo largo de la historia redentora, quienes están dedicados a la santa gloria de Dios han desempeñado un papel especial en establecer el orden moral de Dios. Por ejemplo, Dios les entregó el ministerio de ayudar a comunicar la ley divina (Dt. 33:2; cp. Hch. 7:53; Gá. 3:19; He. 2:1-2). Los santos ángeles también participarán en el juicio final sobre los malvados: “He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impíamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él” (Jud. 14b-15). Por su inmoralidad e insubordinación anárquica, los apóstatas no solo blasfeman de los ángeles santos; también blasfeman del mismo Dios.

Judas demostró aún más la gravedad de la irreverencia de los apóstatas al contrastarles su conducta con la del **arcángel Miguel**. En calidad del ángel más poderoso de Dios y protector del pueblo de Dios (cp. Dn. 10:13-21; 12:1), Miguel no demostró irreverencia cuando **contendía con el diablo, disputando con él por el cuerpo de Moisés**. Miguel sabía que Dios podía otorgarle poder sobre Satanás (cp. Ap. 12:7-9), pero también entendía que no iba a actuar más allá de los límites prescritos por Dios. Por respeto a la posición y al poder de Satanás como el ser más alto creado, Miguel **no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él** (Satanás) como si este tuviera dominio soberano sobre el arcángel. Es más, Miguel no hizo nada más que pronunciar las palabras: **El Señor te reprenda**.

La respuesta de Miguel adelantó el ejemplo del ángel del Señor en Zacarías 3:2: “Dijo Jehová a Satanás: Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que ha escogido a Jerusalén te reprenda. ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio?” En la visión de Zacarías, el sumo sacerdote Josué (quien junto con Zorobabel llevó de vuelta al primer grupo de judíos de la cautividad babilónica) se hallaba en el cielo delante del ángel del Señor. El diablo también estaba allí, a la diestra de Josué, acusándolo a él y a la nación de Israel a quien representaba.

El argumento de Satanás, basado en la pecaminosidad de Israel, era

que Dios debe romper sus promesas de pacto (cp. Gn. 12:3, 7; 26:3-4; 28:14; Dt. 5:1-21; 2 S. 7:12; Sal. 89:3-4; cp. Ro. 9:4; Gá. 3:16). En respuesta, el ángel del Señor (Cristo preencarnado) defendió a Israel adhiriéndose a Dios el Padre y pidiéndole que reprendiera a Satanás (cp. 1 Jn. 2:1). El Padre honró al Hijo preencarnado. En vez de romper el pacto con su pueblo escogido, Dios reafirmó su compromiso en cuanto a la futura justificación de Israel, prometiendo perdonar el pecado del pueblo y vestirlo con ropas de justicia (Zac. 3:3-5).

Cuando Miguel **contendía con el diablo por el cuerpo de Moisés**, hizo exactamente lo que llevó a cabo el ángel del Señor. Su apelación al Señor como soberano al parecer terminó la disputa con Satanás. Es significativo que este sea el único lugar de las Escrituras que menciona este incidente; el Antiguo Testamento no proporciona más detalles acerca de la muerte de Moisés que esta declaración: “Y murió allí Moisés siervo de Jehová, en la tierra de Moab, conforme al dicho de Jehová. Y lo enterró en el valle, en la tierra de Moab, enfrente de Bet-peor; y ninguno conoce el lugar de su sepultura hasta hoy” (Dt. 34:5-6). Puesto que Dios no quería que alguien conservara el cuerpo de Moisés y lo venerara, entregó a Miguel la responsabilidad de enterrarlo donde nadie (incluso Satanás) pudiera hallarlo. Los falsos maestros no ejercían tal moderación, sino que pretendían tener poder personal sobre Satanás y los seres angelicales.

Para concluir esta sección, Judas escribió: **Pero éstos** [los apóstatas] **blasfeman de cuantas cosas no conocen**. La conducta de los falsos maestros evidenciaba su increíble ignorancia y presunción. (Véase la exposición de 2 P. 2:10b-13a en el capítulo 31 de mi comentario de 1 y 2 Pedro para un comentario sobre la declaración paralela de Pedro; también cp. 1 Co. 1:18-31; 2:11-16).

Al igual que el apóstol Pedro, Judas comparó a los apóstatas con **animales irracionales, que por naturaleza conocen** lo que los falsos maestros saben. Estos funcionaban por divagaciones intuitivas, de su propia **naturaleza** y lujuria. No interpretaban sanamente la verdad de la revelación especial. El término traducido **irracionales** (*alogos*) literalmente significa “sin decir una palabra”. Es decir, los apóstatas eran como animales mudos que no logran hablar en forma razonable porque no pueden razonar. Por muy educados que los maestros apóstatas sean, por profundamente filosófica que crean que es su enseñanza, o por cuántas visiones y comprensiones místicas

afirmen haber tenido, seguían siendo como **animales** brutos. Al igual que el resto de humanidad reprobada, “profesando ser sabios, se hicieron necios” (Ro. 1:22; cp. 1 Co. 3:18; 2 Co. 10:5, 12; Gá. 6:3; Ef. 4:17; 2 Ti. 3:2, 4). Al final, **se corrompen** por medio de su propia mentira y sus herejías engañosas, lo cual les trae el juicio de Dios (cp. Gn. 6:17; 19:24; 2 R. 22:17; Jer. 30:16; Mt. 7:22-23; 13:40-42; 25:41; He. 10:27).

AFINIDADES CON APÓSTATAS DEL PASADO

¡Ay de ellos! porque han seguido el camino de Caín, y se lanzaron por lucro en el error de Balaam, y perecieron en la contradicción de Coré. (11)

Fue George Santayana, poeta, filósofo y crítico literario hispano-estadounidense, quien dijo: “Aquellos que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo”. Tal fue ciertamente el caso de los falsos maestros de la época de Judas.

Al igual que Santayana, Judas entendió la importancia crucial de aprender de la historia. Ya había extraído ejemplos de la historia bíblica al esbozar su descripción de los apóstatas en los versículos 5-7 (véase el estudio de esos versículos en el capítulo anterior de esta obra). Lo volvió a hacer en esta sección cuando los comparó con tres influyentes y conocidos ejemplos del pasado: Caín, Balaam y Coré.

CAÍN

¡Ay de ellos! porque han seguido el camino de Caín, (11a)

Al exclamar **¡ay de ellos!** Judas siguió el ejemplo de Cristo (cp. Mt. 23:13, 14, 15, 16, 23, 25, 27, 29) y los profetas (cp. Is. 3:9, 11; 5:8-23; 29:15; 30:1; 31:1; Jer. 13:27; 23:1; Ez. 13:3; 16:23; 34:2; Os. 7:13; Zac. 11:17) en pronunciar juicio espiritual definitivo sobre los apóstatas. La palabra traducida **ay** (*ouai*) es una interjección o lamento emocional que esencialmente es como exclamar: “Oh destino, ¡qué horrible será!”

Caín fue el modelo prototípico de alguien que se apartó de la verdad de Dios. Fue el primer hijo de Adán y Eva, quien nació después de la caída. Génesis 4:1-15 contiene la historia familiar:

Conoció Adán a su mujer Eva, la cual concibió y dio a luz a Caín, y dijo: Por voluntad de Jehová he adquirido varón. Después dio a

luz a su hermano Abel. Y Abel fue pastor de ovejas, y Caín fue labrador de la tierra. Y aconteció andando el tiempo, que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová. Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. Y se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante. Entonces Jehová dijo a Caín: ¿Por qué te has ensañado, y por qué ha decaído tu semblante? Si bien hicieres, ¿no serás enaltecido? y si no hicieres bien, el pecado está a la puerta; con todo esto, a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él. Y dijo Caín a su hermano Abel: Salgamos al campo. Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató. Y Jehová dijo a Caín: ¿Dónde está Abel tu hermano? Y él respondió: No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano? Y él le dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito seas tú de la tierra, que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Cuando labres la tierra, no te volverá a dar su fuerza; errante y extranjero serás en la tierra. Y dijo Caín a Jehová: Grande es mi castigo para ser soportado. He aquí me echas hoy de la tierra, y de tu presencia me esconderé, y seré errante y extranjero en la tierra; y sucederá que cualquiera que me hallare, me matará. Y le respondió Jehová: Ciertamente cualquiera que matare a Caín, siete veces será castigado. Entonces Jehová puso señal en Caín, para que no lo matase cualquiera que le hallara.

El hecho de que el sacrificio de Caín no fuera aceptable demuestra que Dios ya le había dicho antes cuál debía ser el sacrificio apropiado. Caín sabía que Dios exigía un sacrificio de sangre, pero en lugar de obedecerle inventó su propia forma de adorar. Su ofrenda inapropiada dio a conocer la blasfemia irreverente de su corazón, al rechazar la revelación de Dios y actuar según su propia naturaleza sediciosa y vanidosa en lo que él había producido.

A la luz de sus similitudes, Judas pudo referirse a los orgullosos y obstinados apóstatas como los que **han seguido el camino de Caín**. Caín era religioso pero desobediente, y cuando Dios no le aceptó la ofrenda respondió con ira celosa, asesinando a su obediente

hermano Abel. El escritor de Hebreos ofreció este comentario sobre el trágico episodio: “Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella” (He. 11:4).

BALAAM

y se lanzaron por lucro en el error de Balaam, (11b)

Judas desenmascara aquí el motivo fundamental detrás de los intereses religiosos de los falsos maestros: actúan **por lucro** (cp. Sal. 10:3; Mi. 3:11; 1 Ti. 6:10; 2 P. 2:3). A diferencia de los verdaderos pastores (cp. 1 Ti. 3:3; Tit. 1:7; 1 P. 5:2), estos mercenarios del ministerio estaban **en el error de Balaam, y se lanzaron** de cabeza a la codicia y la envidia.

Números 22–24 relata la historia de Balaam, con algunas referencias adicionales que se dan en el capítulo 31 de mi comentario de 1 y 2 Pedro. Balac, rey de Moab, contrató a Balaam para que maldijera a Israel. Así que Balaam ideó un plan por medio del cual atraería a Israel a la idolatría y la inmoralidad, y finalmente al juicio de Dios. Pero Dios usó un ángel junto con la propia asna de Balaam para evitar que este llevara a cabo su plan. (Para un análisis más completo de Balaam y su pecado, véase la exposición de 2 P. 2:15-16 en el capítulo 31 de mi comentario de 1 y 2 Pedro). Como profeta asalariado, Balaam es un ejemplo perfecto de los falsos maestros: a quienes les encanta la riqueza y el prestigio más que la fidelidad y la obediencia (cp. Ap. 2:14).

CORÉ

y perecieron en la contradicción de Coré. (11c)

Números 16 presenta la historia de **Coré**, un primo de Moisés. Como levita y coatita, Coré tenía importantes deberes en el tabernáculo (Nm. 1:50-51; 3:6-8; 18:3; Dt. 10:8; cp. 1 Cr. 15:2). Sin embargo, cuando no fue elegido para ser sacerdote, se enfureció. Con el fin de mostrar su desprecio, se unió a Datán y Abiram (junto con otros doscientos cincuenta hombres) en una **contradicción** o ataque contra el liderazgo de Moisés.

El libro de Números relata la falsa acusación de Coré contra Moisés: “¡Basta ya de vosotros! Porque toda la congregación, todos ellos son

santos, y en medio de ellos está Jehová; ¿por qué, pues, os levantáis vosotros sobre la congregación de Jehová?” (Nm. 16:3). En su arrogancia, Coré rebatió la idea de que los israelitas necesitaban un líder y mediador, alguien que pudiera hablar por Dios y enseñarles la verdad divina (Éx. 4:10-17). Coré se rebeló abiertamente contra la autoridad que Dios le había dado a Moisés, y de modo activo se alió con otros para que le apoyaran en su motín espiritual.

No obstante, Dios respondió poniendo fin a **la contradicción de Coré** de una manera brusca y decisiva, y los rebeldes al igual que todos los apóstatas, **perecieron**. Números 16:32-35 relata:

Abrió la tierra su boca, y los tragó a ellos, a sus casas, a todos los hombres de Coré, y a todos sus bienes. Y ellos, con todo lo que tenían, descendieron vivos al Seol, y los cubrió la tierra, y perecieron de en medio de la congregación. Y todo Israel, los que estaban en derredor de ellos, huyeron al grito de ellos; porque decían: No nos trague también la tierra. También salió fuego de delante de Jehová, y consumió a los doscientos cincuenta hombres que ofrecían el incienso.

Es muy trágico que las consecuencias de la rebelión se extendieran más allá de las familias de Coré, Datán y Abiram, y los doscientos cincuenta hombres. En la secuela del juicio divino, muchos de los israelitas — mostrando su simpatía con la posición de Coré — murmuraron contra Moisés y Aarón. Como resultado, Dios envió una plaga que mató a 14.700 israelitas más (Nm. 16:41-50). La devastación general de la plaga caracterizó la extensa influencia de Coré entre el pueblo. Muchos de los falsos maestros de hoy también tienen muchos seguidores, integrados por individuos que serán partícipes del juicio (cp. 1 Ti. 1:1-4). No obstante, al igual que Coré y sus seguidores, todos los rebeldes apóstatas finalmente experimentarán la ira de Dios (cp. Mr. 3:29; Jn. 15:6; He. 10:26-31; Ap. 20:10-15).

COMPARACIONES CON CINCO FENÓMENOS NATURALES

Estos son manchas en vuestros ágapes, que comiendo impúdicamente con vosotros se apacientan a sí mismos; nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos; árboles otoñales, sin fruto, dos veces muertos y

desarraigados; fieras ondas del mar, que espuman su propia vergüenza; estrellas errantes, para las cuales está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas. (12-13)

En muchas de sus parábolas, el Señor Jesús usó fenómenos naturales como lecciones objetivas para ilustrar la verdad espiritual (cp. la parábola del Sembrador en Mt. 13:3-23; la parábola del trigo y la cizaña en Mt. 13:24-30, 36-43; las parábolas del reino de Mt. 13:31-33, 44-50; las parábolas de las higueras en Mt. 24:32-34 y Lc. 13:6-9; y la parábola de la oveja perdida en Lc. 15:3-7). Los Salmos también contienen muchas alusiones ricas a la creación y los fenómenos naturales (cp. Sal. 1, 8, 18, 23, 29, 33, 42, 46, 59, 68, 72, 90, 91, 97, 98, 104, 107, 114, 124, 135, 147, 148). En este pasaje Judas siguió ese patrón bien establecido al comparar a los apóstatas con cinco fenómenos naturales: manchas, nubes sin agua, árboles otoñales sin fruto, fieras ondas marinas y estrellas errantes.

MANCHAS

Estos son manchas en vuestros ágapes, que comiendo impúdicamente con vosotros se apacientan a sí mismos; (12a)

La descripción que Judas hace de los apóstatas como **manchas**, o escollos (lbla), describe de manera gráfica el peligro invisible que estos malos elementos representan. Los escollos son formaciones marinas de coral localizadas por lo general cerca de la orilla. Son potencialmente peligrosos para los barcos porque pueden rasgar el fondo de sus cascos, haciendo que se hundan. Al igual que esas **manchas** dañinas, los apóstatas entraban encubiertamente en los **ágapes** o fiestas de amor de la iglesia primitiva, en donde con sus mentiras y maldades hacían daño a personas crédulas. Originalmente, los **ágapes** estaban destinados a ser reuniones regulares de iglesia con el propósito de instrucción mutua (cp. Hch. 17:11), estímulo (He. 10:24-25), confrontación (cp. He. 3:13), y cuidado (Ro. 12:10; 13:8; Gá. 5:13; Ef. 4:2, 25; 5:21; Col. 3:9; 1 Ts. 4:9; 1 P. 4:9-10). La fiesta era parecida a una comida contemporánea celebrada en el Día del Señor. Los creyentes se reunían para adorar, oír la enseñanza de la Biblia, participar en la Santa Cena, y después expresar su amor común en medio de una comida (cp. Hch. 2:42).

Sin embargo, con el tiempo se llegó a abusar de los ágapes hasta el punto que se pervirtieron de tal manera a causa de la influencia contaminante de los falsos maestros (cp. 1 Co. 11:17-22), que terminaron por desaparecer. A falta de una conciencia para actuar o sentido de convicción, y al ser adeptos hipócritas, los apóstatas eran capaces de estar **comiendo impúdicamente con** creyentes sin ningún temor. Pablo escribió a Timoteo que tales herejes son “mentirosos que [tienen] cauterizada la conciencia” (1 Ti. 4:2). El hecho de que sus acciones dañaran terriblemente a otros no les preocupaba en absoluto. Aunque los **ágapes** estaban diseñados para que los creyentes se preocuparan unos por otros, los falsos maestros eran culpables de apacentarse **a sí mismos**. La palabra traducida **apacientan** viene de *poimainō*, “pastorear”, que indica que los apóstatas no pastoreaban a otros sino a sí mismos. El único interés que los motivaba era su propio interés y satisfacción, a expensas de los demás.

NUBES SIN AGUA

nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos;
(12b)

En círculos meteorológicos normales, las nubes regularmente producen esperanza de lluvia. Sin embargo, las **nubes sin agua** llegan con la simple promesa de que van a producir lluvia, pero luego no la entregan. Salomón manifestó: “Como nubes y vientos sin lluvia, así es el hombre que se jacta de falsa liberalidad” (Pr. 25:14). Los maestros apóstatas prometen traer verdadera bendición y refrigerio espiritual de parte de Dios, pero no cumplen esa promesa. Judas los comparó con nubes **llevadas de acá para allá por los vientos**, presagiando constantemente lluvia pero sin producirla. El término traducido **sin agua** (*anudros*) también aparece en Mateo 12:43 en referencia a las andanzas de espíritus malignos por lugares secos y estériles (cp. Lc. 11:24-26). Al describir a los falsos maestros de la misma manera que Lucas describe a los demonios, Judas reitera la relación entre los apóstatas y sus fuentes satánicas.

ÁRBOLES OTOÑALES SIN FRUTO

árboles otoñales, sin fruto, dos veces muertos y

desarraigados; (12c)

El otoño es la estación en que los agricultores y jardineros esperan cosechar los últimos cultivos del año. Si no resulta nada, deben soportar desilusión y dificultades durante el invierno. En la siguiente primavera pueden volver a empezar el laborioso proceso de fertilizar, sembrar, regar y esperar que la cosecha madure. Con esto en mente, la frase **árboles otoñales sin fruto** describe la desilusionadora realidad de una cosecha estéril.

Judas compara la vacía profesión de los apóstatas y la falta total de vida espiritual con una cosecha estéril. Los llamó **dos veces muertos**; primero, no tienen fruto porque no hay vida en ellos; segundo, están **desarraigados**, muertos en el núcleo mismo. Son como árboles que han brotado en la tierra y se han desconectado de la fuente dadora de vida del agua y los nutrientes. Así les habló Jesús a los fariseos: “Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada” (Mt. 15:13; cp. 3:10; 7:17-20; 13:6). Tales individuos no producen fruto transformador de vida, ni en ellos mismos ni en otros.

FIERAS ONDAS MARINAS

fieras ondas del mar, que espuman su propia vergüenza;
(13a)

A menudo la Biblia usa al **mar** como un símbolo para los que no conocen a Dios. Isaías escribió: “Los impíos son como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto, y sus aguas arrojan cieno y lodo. No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos” (57:20-21). Después de una tormenta la costa queda llena de desechos y fango, lo cual no es beneficioso ni engendra vida. Aquella es una imagen gráfica de lo que los falsos maestros producen. Con todo su discurso vacío y su actividad egoísta son como las **ondas del mar** que en definitiva solamente lanzan **su propia vergüenza** en forma de espuma. Sus acciones vergonzosas **espuman** hasta mostrar toda forma de herejía, engaño, inmoralidad, irreverencia e insubordinación.

ESTRELLAS ERRANTES

estrellas errantes, para las cuales está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas. (13b)

Estrellas errantes no se refiere a cuerpos celestiales que brillan continuamente y que tienen órbitas fijas. Lo más probable es que la expresión signifique un meteorito o “estrella fugaz” que resplandece a través del cielo en un momento descontrolado de brillantez y luego desaparece para siempre en **la oscuridad de las tinieblas** (cp. v. 6). Los apóstatas a menudo aparecen por un tiempo corto en el escenario del cristianismo. Prometen luz espiritual y dirección duradera pero no producen más que un destello errático, sin objetivo y sin ningún valor. La total **oscuridad** del infierno **está reservada eternamente** para ellos (cp. 2 P. 2:4, 9, 17).

Todas las impresionantes descripciones, comparaciones válidas y analogías gráficas de Judas con la naturaleza pintan un vívido retrato de los apóstatas. Los falsos maestros son engañadores hipócritas, pecadores inmorales, hedonistas materialistas, y en consecuencia terroristas espirituales. Malinterpretan la verdad acerca de Cristo y retuercen las enseñanzas de la Biblia. Por el contrario, los verdaderos pastores tienen una comprensión precisa del evangelio (Jn. 1:12-13; 3:16; Ro. 1:16-17; 1 Co. 15:3-4) y una perspectiva correcta de quién es Jesús (Mt. 16:16; Col. 2:9; cp. 1 Ti. 3:16). Muestran una actitud humilde y sumisa hacia el señorío de Cristo (Jn. 1:47-49; 20:27-28; Lc. 5:8), y entienden la seriedad de la declaración del Señor: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Jn. 14:6). Por otra parte, los falsos maestros eligen el camino de Caín por sobre el camino de Cristo, el error de Balaam por sobre la verdad de Cristo, y la muerte de Coré por sobre la vida de Cristo.

4. El juicio venidero sobre los apóstatas

De éstos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él. Estos son murmuradores, querellosos, que andan según sus propios deseos, cuya boca habla cosas infladas, adulando a las personas para sacar provecho. (14-16)

El infierno no es desde luego una idea popular en la sociedad

occidental. En una era de tolerancia y aceptación, el tema del castigo eterno representa un tabú; a la sola mención se le considera falta de amor. Después de todo, la cultura posmoderna cree que todo el mundo es básicamente bueno y espera que la vida después de la muerte (si es que la hay) incluya el cielo para todos menos para las personas más malvadas.

Es triste que tanto lo políticamente correcto como la ambigüedad doctrinal que caracterizan al mundo contemporáneo también hayan impregnado a la Iglesia. Incluso entre aquellos que se llaman evangélicos, el infierno lo consideran una vergüenza teológica. Los pasajes que enseñan destrucción eterna a menudo se justifican, se suavizan de modo arbitrario, o los ignoran por completo. En consecuencia, los erróneos puntos de vista de la sociedad con relación al juicio de Dios simplemente se refuerzan.

En marcado contraste con la ambigüedad contemporánea, la Palabra de Dios es sin reparos directa acerca de la realidad del juicio divino (cp. Gn. 6—8; Dt. 28:15-68; Is. 1; 3; 5; 13-23; Jer. 2-9; 46-51; Ez. 20:33-44; 25-32; Jl. 3:12-16; Zac. 12:2, 9; 14:2; Mal. 3:2-6; Mt. 12:36; 25:31-46; Lc. 12:48; Ro. 14:10-12; 1 Co. 3:12-15; 5:5; 2 Co. 5:10; Gá. 6:7; Col. 3:24-25; Ap. 6-20). A lo largo de sus páginas, los temas de retribución divina, representada tanto en castigo temporal como eterno, no se pueden pasar por alto. La realidad de que Dios ha juzgado, está juzgando, y juzgará a los pecadores, tanto con muerte como con castigo eterno, es inconfundible. El trato que el Nuevo Testamento da al juicio futuro es especialmente claro e incluye al menos siete características principales.

Primera, el aspecto final de la ira de Dios se relaciona con un suceso futuro específico, esto es, la segunda venida de Jesucristo. Al final de la era, el Señor regresará a la tierra para ejecutar juicio: “Ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (Hch. 17:31; cp. Mt. 24:29-30; Ro. 2:5-8, 16; 2 P. 2:9b; Jud. 6b; Ap. 6:16-17). Ningún ser humano sabe la hora o el día exacto de la Segunda Venida, solo el Padre lo sabe (Mt. 24:36). Pero Él ha fijado el momento exacto en que su Hijo regresará, un evento que promete que ocurrirá con rapidez (Ap. 22:7, 12, 20).

Segunda, este juicio será general y público. Por ejemplo, en el juicio de las ovejas y las cabras (que precede inmediatamente al reino

de las ovejas y las cabras (que precede inmediatamente al reino milenial), Cristo pedirá cuentas a todas las naciones de la tierra:

Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda (Mt. 25:31-33).

Nadie en ningún lugar podrá ocultar sus pecados o escapar a la responsabilidad por estos (Mt. 10:26; Mr. 4:22). El juicio del gran trono blanco al final de la historia de la tierra será aún más extenso, cuando todos los enemigos de Dios de toda época sean llevados ante Él para recibir la sentencia final (Ap. 20:7-15).

Tercera, el juicio de Dios será justo e imparcial (Ro. 2:11; Gá. 2:6; cp. Gn. 18:25). El apóstol Pablo declaró que ni los abiertamente malvados (Ro. 1:21-31) ni los que se creen buenos (2:1-3) escaparán al juicio de Dios, juicio que Dios el Padre ha delegado en su Hijo Jesucristo (Jn. 5:22, 27; cp. Mt. 16:27; Hch. 10:42). Solamente Dios (en su gloria trina) está en condiciones de juzgar, porque solo Él es perfectamente santo y justo (Éx. 15:11; 1 S. 2:2; Sal. 47:8; Is. 6:3; 57:15; Lc. 1:35; Hch. 4:27; He. 7:26; Ap. 3:7; 4:8).

Cuarta, la promesa de juicio divino tiene el propósito de advertir. El Señor lo diseñó para producir temor de su ira (Éx. 20:20; 2 Co. 7:1; He. 10:27; 11:7; cp. Jn. 19:8; Hch. 24:25), tal como Jesús advirtió en Mateo 10:28: “No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno”. Al advertir de su ira a los hombres, Dios en su misericordia ofrece a los perdidos una oportunidad de arrepentirse (cp. 2 P. 3:9).

Quinta, el juicio de Dios está basado en su ley (Dt. 27:26; Ro. 2:12; 3:19; Gá. 3:10; Stg. 2:10). Puesto que el corazón humano es engañoso y malvado (Jer. 17:9; Ro. 3:10-18; Gá. 5:19-21; Ef. 2:1-3), las personas no solo son incapaces de guardar la ley de Dios (Ec. 7:20; Ro. 7:5; 8:7) sino que también la desobedecen de manera voluntaria (Sal. 78:10; Is. 30:9; Jer. 9:13). Todo el mundo ha violado la ley de Dios (Ro. 3:23; Stg. 2:10); en consecuencia, todos merecen la ira de Dios (cp. 2 Ts.

1:6-8). Sin embargo, Dios extiende perdón a aquellos que creen verdaderamente en Jesucristo (Ro. 10:9-10). Los creyentes no enfrentarán la ira final de Dios porque han sido salvados por medio de la fe en la obra expiatoria de Cristo (Lc. 18:13-14; Hch. 3:19; Ro. 3:23-28; 4:3-5; 5:9; Ef. 1:7; Col. 2:13; 1 Jn. 1:7), y sus nombres están escritos en el libro de la vida (cp. Ap. 3:5; 20:12; 21:24-27). Por otra parte, los que persisten en quebrantar la ley de Dios, sin mostrar señales de verdadero arrepentimiento, serán juzgados por su rebelde incredulidad.

Sexta, el juicio final de Dios ocurrirá en fases específicas. Empezará durante el período de siete años de tribulación (que sigue inmediatamente al arrebatamiento, 1 Ts. 4:13-17; cp. Ap. 3:10). Durante la tribulación, Dios desatará su ira contra los impíos a través de los juicios de los sellos (Ap. 6:1—8:5), trompetas (8:6—11:19) y copas (15:5—16:21). Su juicio culminará en la batalla de Armagedón (19:11-21) en que derrotará totalmente a sus enemigos. Después de Armagedón, el Señor establecerá su reino terrenal, durante el cual Satanás será atado y Cristo reinará en Jerusalén por mil años (20:1-6). Satanás será entonces liberado y dirigirá una rebelión final, antes de que él y sus seguidores sean lanzados para siempre al lago de fuego (20:7-15). Esa sentencia final (de todos los enemigos de Dios) ocurrirá en el juicio del gran trono blanco. Así que la primera fase del juicio de Dios será terrenal durante el período de tribulación; la segunda y última fase será celestial a los pies del trono divino.

Por último, la retribución de Dios finalmente resulta en condenación eterna en el infierno:

De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes (Mt. 13:40-42; cp. 24:50-51; Jn. 5:29).

Durante el transcurso de su ministerio terrenal, el Señor tuvo mucho que decir acerca de la realidad del infierno. En su Sermón del Monte, Jesús advirtió del peligro del infierno (Mt. 5:22) y habló de todo el cuerpo entrando allí (5:30). Esta realidad de un cuerpo en el infierno fue enseñada claramente por el Señor en sus palabras relacionadas

escribas y fariseos; los condenó por su orgullo, legalismo, codicia, hipocresía y en general por su ceguera espiritual. En respuesta a su santurrona duplicidad, Jesús les anunció este destino: “¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?” (Mt. 23:33; cp. todo el capítulo; Mt. 16:6, 11-12; Mr. 7:5-8; Lc. 11:44).

Tales advertencias de juicio son especialmente aplicables a falsos apóstoles y maestros. Quienes afirman representar a Cristo pero hacen un daño irreparable al mensaje divino (de modo que se pierdan almas eternamente) recibirán el más severo juicio de todos. El escritor de Hebreos lanzó esta grave advertencia a todo aquel que juega con la verdad divina, advertencia particularmente fatídica para los falsos maestros:

Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo! (He. 10:26-31; cp. 2 P. 2:1-2, 20-21; 3:7; Ap. 19:20).

Judas señaló anteriormente que los apóstatas “desde antes habían sido destinados para esta condenación” (v. 4; cp. vv. 6, 13). Los versículos 14-16 reafirman esa verdad y la verdad de todos los demás pasajes de juicio del Nuevo Testamento que la preceden. El primer pasaje subraya la realidad de una antigua profecía de Enoc; luego sugiere tres certezas respecto al juicio final de Dios: El Señor vendrá, no llegará solo, y aparecerá con el fin de ejecutar juicio sobre los destinatarios que lo merezcan.

REALIDAD DE LA ANTIGUA PROFECÍA DE ENOC

De éstos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, (14a)

De éstos se refiere a los apóstatas a quienes Judas describió en la sección anterior: falsos visionarios, rebeldes a la autoridad espiritual, maldicientes, animales irracionales que se comportan por instinto carnal, manchas en los ágapes, nubes sin agua, árboles muertos y desarraigados, fieras ondas de mar, y estrellas errantes que se dirigen a las tinieblas eternas. Incluso antes del diluvio, **Enoc** (Gn. 5:21-24) **también profetizó** que el Señor vendría a juzgar a tales falsos maestros. Al citar a Enoc, Judas resalta la motivación detrás del juicio divino sobre la apostasía, al tiempo que refuerza la certeza de ese juicio.

A pesar de que esta profecía no se registra en el Antiguo Testamento, el Espíritu Santo inspiró a Judas (cp. 2 Ti. 3:16; 2 P. 1:20-21) para utilizarla porque era conocida, históricamente válida, y apoyaba su tesis general. Judas extrajo la cita del libro pseudo-epígrafe *1 Enoc*, que sus lectores del siglo i conocían muy bien. El libro era parte de la historia y la tradición escritas del pueblo judío, y las alusiones rabínicas a dicha obra no eran poco frecuentes.

Aunque Enoc no fue el autor del libro, su mensaje se transmitió por tradición oral hasta que finalmente quedó registrado en lo que se llamó *1 Enoc*. Ese libro, al igual que otros como *El libro del jubileo*, *El testamento de los doce patriarcas*, y *La ascunción de Moisés* (del cual es probable que Judas haya citado en el v. 9), no formaba parte del canon del Antiguo Testamento; sin embargo, debido a su exactitud era aceptable que Judas lo usara para reforzar su argumento. Nada menos que el apóstol Pablo de vez en cuando siguió ese mismo ejemplo (citar fuentes no bíblicas con el fin de hacer legítimo un punto espiritual) en sus enseñanzas (cp. Hch. 17:28; 1 Co. 15:33; Tit. 1:12). (Para mayor análisis del uso que Judas hace de obras apócrifas, véase la Introducción a Judas en esta obra).

Enoc era el **séptimo desde Adán** (Gn. 5:4-24). Fue un héroe para el pueblo judío porque, igual como sucedió con el profeta Elías más tarde (2 R. 2:11-12), fue llevado al cielo sin pasar por la muerte: “Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios” (Gn. 5:24; cp. He. 11:5). Aunque no fue incluida en el registro bíblico hasta el libro de Judas, la profecía de Enoc es la profecía humana más antigua encontrada en las Escrituras. (La única profecía anterior registrada en la Biblia fue hecha por Dios en Gn. 3:15). Es más, el

mensaje de Enoc es, por muchos siglos, anterior a las palabras de Moisés, Samuel y los profetas hebreos.

CERTEZAS CON RELACIÓN AL JUICIO DE DIOS

diciendo: He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él. Estos son murmuradores, querellosos, que andan según sus propios deseos, cuya boca habla cosas infladas, adulando a las personas para sacar provecho. (14b-16)

La profecía de Enoc y los posteriores comentarios de Judas exponen tres certezas relacionadas con el juicio de Dios sobre la apostasía. La primera certeza es que **el Señor** vendrá (cp. Dn. 7:13; Lc. 12:40; Hch. 1:9-11; 1 Ts. 3:13). El tiempo pasado del verbo traducido **vino** sugiere que la visión de Enoc fue tan sorprendente y convincente que él habló como si el juicio ya hubiera sucedido. La certeza del regreso de Cristo estaba bajo ataque de falsos maestros, y el recordatorio de Judas reforzó la enseñanza anterior del apóstol Pedro sobre este tema (cp. 2 P. 3:1-10 así como el comentario sobre ese pasaje en el capítulo 32 de mi comentario de 1 y 2 Pedro).

Segunda, el Señor no vendrá solo. Aunque Él es el juez único y definitivo, estará acompañado por **sus santas decenas de millares. Santas** (“santos”) podría referirse a creyentes (cp. 1 Co. 1:2; 1 Ts. 3:13) que regresarán con Cristo cuando Él venga a juzgar (Ap. 19:14; cp. Zac. 14:5). No obstante, el énfasis en el juicio aquí parece favorecer la opinión de que las **santas decenas** son ángeles, ya que estos aparecen en otros contextos de juicio en el Nuevo Testamento (Mt. 24:31; 25:31; Mr. 8:38; 2 Ts. 1:7). Los santos tendrán un papel de juicio durante el reino milenial (Ap. 2:26-27; 3:21; cp. Dn. 7:22; 1 Co. 6:2), pero ángeles servirán como verdugos de Dios cuando Cristo regrese (Mt. 13:39-41, 49-50; 24:29-31; 25:31; 2 Ts. 1:7-10).

Tercera, el Señor vendrá con un propósito definido: **hacer juicio contra todos** los destinatarios que lo merecen. Estos son **todos los impíos** que han hecho caso omiso total de la ley de Dios. El verbo traducido **dejar convictos** (*elegchō*) significa “poner en evidencia”,

“reprender”, o “demostrar culpabilidad”, lo que incluye mostrar a alguien su error y su culpa. Cuando el Señor regrese, los pecados de los impíos serán puestos en evidencia y el veredicto se dictará en consecuencia. La sentencia final, como ya se indicó, será castigo eterno en el infierno (Ap. 20:11-15; cp. Mt. 5:22; 7:19; 8:12; 10:28; 13:40-42; 25:41, 46).

La frase **todos los impíos** incluye a los apóstatas (véase el estudio del v. 4 en el capítulo 2 de esta obra). Como el Juez justo, Dios castigará a estos sujetos debido a **todas sus obras impías que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra** Dios. El uso cuádruple que Enoc hace de **impíos** (*asebēs*, “ateos” o “impiedad”) para describir a los apóstatas (cp. 2 P. 2:5-6; 3:7) les identifica su básica actitud pecaminosa, pues ellos se negaron a tener una adecuada reverencia hacia Dios. Todos estos depravados (como los falsos maestros inmorales, irreverentes y blasfemos) están acumulando ira y castigo divino para sí mismos en el día del juicio (Ro. 2:5; cp. Sal. 2:2-5; Jer. 10:10; Nah. 1:6; Jn. 3:36; Ro. 1:18; 1 Ts. 2:16; He. 10:26-27). El castigo les llega a causa de sus acciones impías y su discurso impío; tanto sus obras como sus palabras ponen en evidencia la maldad de sus corazones.

Es cierto que el Señor vendrá a impartir juicio a impíos culpables. **Estos** se refiere una vez más a maestros apóstatas que amenazaban a la iglesia (cp. vv. 4, 8, 10, 12-13). En el versículo 16 Judas se fija en particular en los pecados que llenaban sus bocas. **Murmuradores** aparece solo aquí en el Nuevo Testamento, y es el mismo término que la Septuaginta usa para describir las murmuraciones de Israel contra Dios (Éx. 16:7-9; Nm. 14:27, 29; cp. Jn. 6:41; 1 Co.10:10). Al igual que los antiguos israelitas (Sal. 106:24-25; 107:11; Zac. 7:11), estos otros murmuraban contra la verdad y contra la santa ley de Dios. Los apóstatas también eran **querellosos** o quejosos acerca del propósito y el plan santo de Dios. La palabra traducida **querellosos** (*mempsimoiros*) significa “echar culpa”, y describe a quienes están siempre descontentos e insatisfechos. Los falsos maestros atacaban con el mayor descaro al Señor y su verdad, un hecho que Judas ilustra antes en su carta al compararlos con los israelitas incrédulos, los reprobados de Sodoma y Gomorra, los ángeles caídos, Caín, Coré y Balaam.

De manera egocéntrica, los falsos maestros están en desacuerdo con Dios porque **andan según sus propios deseos** (cp. vv. 4, 7; 2 P. 2:10, 18; 3:3). Esta frase del Nuevo Testamento describe con frecuencia a los incrédulos (cp. v. 18; 2 P. 3:3). Los apóstatas están tan dominados por sí mismos que su **boca habla cosas infladas**, o con arrogancia, como la nvi traduce la expresión. En forma ostentosa presumen con un vocabulario religioso, elaborado y sofisticado que tiene tono y atractivo espiritual externo pero que está vacío de verdad y sustancia divinas. Por ese discurso los apóstatas también vivían **adulando a las personas para sacar provecho**. Eran buenos en decirles a las personas lo que querían que estas oyeran (cp. 2 Ti. 4:3-4), manipulando hábilmente a los demás para sacar provecho. Sin duda no se preocupan por predicar la verdad de Dios para la edificación de quienes los escuchaban (cp. Sal. 5:9; 12:2-3; Pr. 26:28; 29:5; Ro.3:13; 16:18).

Fue Jesús quien afirmó que “lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre” (Mt. 15:18). En el caso de los falsos maestros, sus labios dejan ver su descontento, hipocresía, lujuria, orgullo y egoísmo. Sus bocas delatan la maldad de sus corazones. Además, como Enoc profetizó, un día el pecado de los apóstatas será desenmascarado por parte del Juez perfecto que los declarará culpables de sus crímenes espirituales.

En este pasaje Judas afirma la promesa, los participantes y el propósito de la venida del Señor en juicio. Por tanto enfoca el *quién*, *qué*, *dónde* y *por qué* del regreso de Cristo. La única pregunta importante que no contesta es *cuándo*, y la respuesta a eso la tiene únicamente Dios. Así es como el Señor Jesús exhortó adecuadamente a sus apóstoles:

Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre. Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo. Es como el hombre que yéndose lejos, dejó su casa, y dio autoridad a sus siervos, y a cada uno su obra, y al portero mandó que velase. Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa; si al anochecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo. Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad (Mr. 13:32-37; cp. Lc. 21:34-36).

5. Estrategia de sobrevivencia para los tiempos de los apóstatas

Pero vosotros, amados, tened memoria de las palabras que antes fueron dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo; los que os decían: En el postrer tiempo habrá burladores, que andarán según sus malvados deseos. Estos son los que causan divisiones; los sensuales, que no tienen al Espíritu. Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna. A algunos que dudan, convencedlos. A otros salvad, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne. (17-23)

A medida que la carta de Judas se acerca a su final surge una pregunta crucial: ¿Cómo podemos como creyentes contender de manera práctica por la verdad a fin de ser victoriosos en una época de falsedad desenfrenada? En otras palabras, ¿cómo podemos aplicar personalmente en nuestra vida y ministerio las advertencias de Judas en cuanto a la apostasía? Sin lugar a dudas la advertencia de Judas es inconfundible, y exige claramente una respuesta. Sin embargo, ¿a qué se parece esa respuesta? ¿Y dónde empieza?

Desde luego, Judas reconoció que sus lectores necesitaban más que una simple advertencia; necesitaban también un plan de ataque. En lugar de actuar simplemente a la defensiva, debían ser proactivos en su lucha por la fe. Esto significaba actuar, no solo en reforzar su

antes fueron dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo; los que os decían: En el postrer tiempo habrá burladores, que andarán según sus malvados deseos. Estos son los que causan divisiones; los sensuales, que no tienen al Espíritu. Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna. A algunos que dudan, convencedlos. A otros salvad, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne. (17-23)

A medida que la carta de Judas se acerca a su final surge una pregunta crucial: ¿Cómo podemos como creyentes contender de manera práctica por la verdad a fin de ser victoriosos en una época de falsedad desenfrenada? En otras palabras, ¿cómo podemos aplicar personalmente en nuestra vida y ministerio las advertencias de Judas en cuanto a la apostasía? Sin lugar a dudas la advertencia de Judas es inconfundible, y exige claramente una respuesta. Sin embargo, ¿a qué se parece esa respuesta? ¿Y dónde empieza?

Desde luego, Judas reconoció que sus lectores necesitaban más que una simple advertencia; necesitaban también un plan de ataque. En lugar de actuar simplemente a la defensiva, debían ser proactivos en su lucha por la fe. Esto significaba actuar, no solo en reforzar su propia armadura espiritual (cp. Ef. 6:10-17), sino también dedicarse a ayudar a otros en la iglesia.

A este fin, los lectores de Judas necesitaban mucho desarrollar discernimiento. Tenían que poder reconocer la diferencia entre la verdad y el error. De otra manera, no sabrían qué aceptar y qué rechazar. No podrían contender “ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (v. 3) a menos que pudieran discernir entre la fe verdadera y las falsificaciones. Por tanto, si iban a prestar atención a las advertencias de Judas tenían que comenzar por buscar activamente discernimiento espiritual.

La importancia del discernimiento se destaca a lo largo de toda la Biblia (Pr. 2:3; 23:23; 1 Co. 16:13; Fil. 1:9; He. 5:14; Ap. 2:2). El apóstol Pablo, por ejemplo, expresó su temor de que los corintios fueran llevados por mal camino:

¡Ojalá me toleraseis un poco de locura! Sí, toleradme. Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo. Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo. Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado, bien lo toleráis (2 Co. 11:1-4).

Preocupado por su falta de discernimiento, Pablo temía que los creyentes fueran engañados por los falsos maestros. Ellos eran demasiado tolerantes del error, y como resultado abrían tontamente la puerta a la apostasía.

En este mismo sentido, Pablo amonestó a los tesalonicenses a la sana doctrina y a ejercer discernimiento. Los instruyó así: “No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno. Absteneos de toda especie de mal” (1 Ts. 5:20-22; cp. 1 Jn. 4:1-3). Los creyentes en Tesalónica debían reaccionar con cuidado a los mensajes espirituales que escuchaban, examinándolos con atención para ver si estaban o no de acuerdo con la enseñanza apostólica. Los mensajes que pasaban la prueba debían mantenerse firmes y aceptarse. Pero había que abstenerse de los que no pasaban la prueba y rechazarlos.

Incluso los líderes religiosos judíos y los eruditos de élite en la época de Jesús no tenían percepción espiritual. El Señor los acusó de poder discernir más las condiciones meteorológicas que los asuntos espirituales:

Vinieron los fariseos y los saduceos para tentarle, y le pidieron que les mostrase señal del cielo. Mas él respondiendo, les dijo: Cuando anochece, decís: Buen tiempo; porque el cielo tiene arreboles. Y por la mañana: Hoy habrá tempestad; porque tiene arreboles el cielo nublado. ¡Hipócritas! que sabéis distinguir el aspecto del cielo, imas las señales de los tiempos no podéis! La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás. Y dejándolos, se fue (Mt. 16:1-4).

A pesar de la meticulosa atención que daban a las Escrituras, de su

riguroso entrenamiento teológico y de su posición destacada en la comunidad, los fariseos y saduceos rechazaron la verdad porque no pudieron discernirla.

Tristemente, hay muchos en la Iglesia contemporánea que tampoco tienen discernimiento espiritual. Ellos son mucho más propensos a permanecer en sintonía con tendencias culturales, que a entender y apreciar la doctrina bíblica. En algunos casos, iglesias enteras han cambiado su enfoque de las claras enseñanzas de la Biblia a las necesidades sentidas de los pecadores. Quieren que el servicio de la iglesia sea “cómodo” y “sin controversias”. Como resultado, los mensajes que defienden son teológicamente débiles, y las personas a las que sirven son doctrinalmente ingenuas. Esas iglesias se encuentran indefensas contra el error.

Existen por lo menos seis razones para la preocupante falta de discernimiento que caracteriza a gran parte del cristianismo contemporáneo. Es evidente que la primera es la reciente tendencia entre muchos evangélicos a minimizar la importancia de la doctrina. Los que están en este campo sostienen que la claridad bíblica es divisiva y que no muestra amor, para ellos esta construye muros, es falta de humildad e impide la unidad. Sin embargo, la realidad es que la Iglesia ha sufrido graves consecuencias por abandonar su compromiso con la sana doctrina. Entre tales repercusiones están un falso sentido de humildad y una falsa fe producida por “creencias fáciles”, así como presentaciones aguadas del evangelio, una falsa unidad basada en un ecumenismo interreligioso y concesiones teológicas, una falsa comisión preocupada por activismo político y moralidad legislada, una falsa adoración motivada por servicios centrados en el ser humano y cristianismo basado en experiencias, y un ministerio falso enfocado únicamente en satisfacción temporal y éxito externo; todo lo cual hace sentir cómodas a las personas en esta vida, pero falla totalmente en prepararlas para la vida venidera.

Segunda, la Iglesia se ha vuelto menos objetiva en su perspectiva al sustituir la verdad incondicional por el relativismo moral y la subjetividad posmoderna. En lugar de ver la verdad en términos radicales de blanco o negro, muchos cristianos la tratan como algo gris. Pero la Biblia es claramente contraria a eso; hace distinciones

gris. Pero la Biblia es claramente contraria a eso; hace distinciones absolutas entre el bien y el mal, la verdad y el error, la fe salvadora y las falsas profesiones. Por ejemplo, la enseñanza del Señor Jesús era blanca o negra: Él contrastó el camino ancho y el camino angosto (Mt. 7:13-14), la condenación eterna y la vida eterna (Mt. 24:46-51), el reino de Satanás y el reino de Dios (Mt. 13:38), el odio y el amor (Mt. 5:43-44), la sabiduría mundana y la sabiduría divina (cp. Mt. 11:16-19; Mr. 6:2), etc. Por el contrario, la iglesia contemporánea se aleja de los absolutos teológicos, prefiriendo en cambio aceptar de modo tolerante “todo viento de doctrina” (Ef. 4:14), como si esa postura fuera una virtud.

Tercera, como parte de su estrategia evangelística contemporánea, la Iglesia ha abandonado su compromiso con el poder de la Biblia y ha llegado a preocuparse más de la imagen bíblica. A fin de alcanzar a la cultura, se ha vuelto como la cultura. Sin embargo, Santiago escribió: “¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Stg. 4:4; cp. 1 Jn. 2:15-17). Ser amigo de Dios nos hace enemigos del mundo, y viceversa. Nos engañamos al creer que la clave para ganar a los perdidos se encuentra en imitarlos. Al imitar a la sociedad secular, algunos creyentes en realidad están perdiendo tanto su distintivo como el poder de las Escrituras. Y si se pierde el llamado característico del evangelio, también desaparecerá toda esperanza de evangelizar a la cultura (cp. Mt. 5:13).

Cuarta, y como consecuencia del punto anterior, la actual falta de discernimiento de la Iglesia se debe a la falta del estudio e interpretación adecuados de las Escrituras. La pereza pastoral, la dejadez exegética, y una actitud de indiferencia hacia la Palabra de Dios han sumido en el error al pueblo de Dios. Puesto que el apóstol Pablo entendía los peligros mortales de tal apatía espiritual, mandó a Timoteo: “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad” (2 Ti. 2:15; cp. 2 Co. 4:2). El libro de Hechos también elogió a los hermanos de Berea por ser “más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así” (17:11; cp. 1 Ts. 2:13). Según demuestra el ejemplo de los de Berea, no se puede desarrollar discernimiento sin un deseo de conocer la verdad

y sin una determinación por descubrirla. Pero hoy día casi no se encuentra ese interés por la verdad.

Una quinta razón de la preocupante falta de discernimiento que caracteriza a gran parte del cristianismo contemporáneo es el abandono general de la disciplina de la Iglesia en círculos evangélicos (cp. Mt. 18:15-18). Cuando el pueblo de Dios no confronta el pecado y la herejía, es imposible detectar la maldad dentro del cuerpo. La congregación inevitablemente acumula más y más miembros no regenerados: incrédulos que se sienten cómodos porque sus asuntos de pecado nunca se abordan. Incluso, bajo un falso pretexto de amor, a veces se pasan por alto faltas graves de inmoralidad e importantes fallas éticas. Pero una iglesia no puede promover discernimiento de manera eficaz si condona alegremente el pecado o si la mayoría de sus miembros son pecadores no salvos. Después de todo, la congregación que piensa de modo incorrecto en cuanto a la santidad, muestra que también piensa erróneamente acerca de la verdad.

Una última razón para la falta de discernimiento en la Iglesia es el vacío incontrolado de madurez espiritual dentro de sus filas. Quienes tienen una comprensión superficial de la Biblia (cp. Mr. 12:24), un débil entendimiento de la sana doctrina y un punto de vista deficiente acerca de Dios, no cuentan con la capacidad necesaria para discernir. Sin embargo, esas son las mismas personas que llenan la mayoría de las bancas cada domingo. Al igual que los judíos incrédulos del siglo i, muchos cristianos contemporáneos harían bien en prestar atención a la amonestación dada por el autor de Hebreos:

Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal (He. 5:12-14).

(Para estudiar más sobre el tema del discernimiento espiritual y la gran necesidad que tiene la Iglesia de recuperar esta capacidad crucial, véanse John MacArthur, *Reckless Faith* [Wheaton, Ill.: Crossway, 1994], y MacArthur, ed. gen., *Fool's Gold?* [Wheaton, Ill.:

Crossway, 2005], especialmente los capítulos 1 y 12).

Si quienes están en la Iglesia de hoy han de honrar al Dios de la revelación y han de disfrutar de victoria espiritual en sus vidas, a pesar de la constante tentación a capitular, deben comenzar por desarrollar discernimiento. Deben poder diferenciar entre lo que es bueno y lo que es malo, así como poder ir tras lo bueno y huir de lo malo. Esto requiere ser serios y precisos en interpretar la Biblia. De otro modo, en su confusión los cristianos profesantes dejarán de contender por la fe incluso antes de entrar a la batalla.

En esta sección Judas aborda cómo contender de modo apropiado por la fe y prosperar espiritualmente durante épocas cada vez más apóstatas. El hermano del Señor presenta a sus lectores tres verdades esenciales que si se aplican fielmente concederán discernimiento a todos los creyentes: Deben recordar, perseverar y tender la mano.

RECORDAR

Pero vosotros, amados, tened memoria de las palabras que antes fueron dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo; los que os decían: En el postrer tiempo habrá burladores, que andarán según sus malvados deseos. Estos son los que causan divisiones; los sensuales, que no tienen al Espíritu. (17-19)

Las palabras de Judas aquí hacen eco de los versículos 5-7 y 11-13, que recordaban a sus lectores que los falsos maestros representan una amenaza constante. Estuvieron presentes durante los tiempos del Antiguo Testamento (Is. 28:7; Jer. 23:14; Ez. 13:4; Mi. 3:11; Sof. 3:4), afligieron a la iglesia primitiva (1 Jn. 2:18-19; 2 Jn. 7-11; Ap. 2:2-3, 15-16; 3:9), también están activos hoy, y seguirán siendo una amenaza en el futuro (2 Ts. 2:1-4; Ap. 13; 19:19-20). Puesto que siempre han plagado al pueblo de Dios, su presencia no debería sorprender a los creyentes en ninguna época.

Al igual que Pedro (2 P. 1:12-13), Judas exhortó a sus lectores que tuvieran **memoria de las** verdades que ya habían oído: **las palabras que antes fueron dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo** que predijeron la apostasía venidera. El Señor mismo fue el primero en advertir contra los falsos maestros en el Nuevo Testamento: “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a

vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces” (Mt. 7:15; cp. 24:11). Al defender su apostolado ante los corintios, Pablo repitió estas mismas inquietudes:

Mas lo que hago, lo haré aún, para quitar la ocasión a aquellos que la desean, a fin de que en aquello en que se glorían, sean hallados semejantes a nosotros. Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras (2 Co. 11:12-15).

El apóstol hizo otras advertencias sobre los falsos maestros en varias más de sus epístolas (Col. 2:16-19; 1 Ts. 2:14-16; 2 Ts. 2:3-12; 1 Ti. 4:1-3; 6:20-21; 2 Ti. 2:17-19; 3:1-9; 4:1-3). De igual modo, Pedro advirtió que “habrá... falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina” (2 P. 2:1; véase el comentario sobre 2 Pedro 2 en los capítulos 28-31 de mi comentario de 1 y 2 Pedro). Además, el apóstol Juan escribió: “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo” (1 Jn. 4:1; cp. 2:18-19; 2 Jn. 7; 3 Jn. 9-11).

En repetidas ocasiones Cristo y los apóstoles **decían** que falsos maestros se infiltrarían en la iglesia y se opondrían a la verdad. En vista de eso, Judas citó la advertencia de Pedro: **En el postrer tiempo habrá burladores, que andarán según sus malvados deseos** (véase 2 P. 3:3). (El hecho de que la palabra traducida **burladores** aparezca en el Nuevo Testamento solo aquí y en 2 P. 3:3 sugiere que Judas citó a Pedro; véase el análisis de la relación de Judas con Pedro en Introducción a Judas en esta obra). La frase técnica **el postrer tiempo** se refiere al período entre la primera y la segunda venida de Cristo (cp. Hch. 2:17; Gá. 4:4; 2 Ti. 3:1; He. 1:2; 1 P. 1:5, 20; 1 Jn. 2:18-19; Stg. 5:3).

Pedro declaró que los burladores se mofaban de la verdad del regreso de Cristo (2 P. 3:4), y aquí Judas da a entender que se burlaban de la ley de Dios (cp. el análisis de “murmuradores” en el capítulo 4 de esta obra). Por supuesto, ambas ideas son paralelas ya que aquellos que se

burlan de la ley de Dios también se burlarán del regreso de Cristo; no quieren ser responsables por sus pecados, sean actuales o futuros, ante el Juez divino.

Estos burladores andarán según sus malvados deseos, una realidad que Judas ya estableció en los versículos 4, 15, y 16. Dan rienda suelta a sus pasiones porque no tienen capacidad para la santidad. Puesto que sus corazones no están transformados, lo único que pueden hacer es ir tras sus propios deseos impíos.

Judas describe además a los falsos maestros como **los que causan divisiones**. La palabra *apodiorizō* (**divisiones**) hace referencia a la motivación detrás del comportamiento de los falsos maestros, así como a su efecto divisorio. El término significa “discriminar” y, en el caso de los apóstatas, quería decir que ellos se describían como superiores a quienes enseñaban la verdad. Al igual que los fariseos, los falsos maestros eran arrogantes (Lc. 16:15; 18:9, 11) y se creían superiores (Mt. 23:4-5), adhiriéndose a su autoproclamado conjunto de normas (cp. Mr. 7:5-8), su propia comprensión de élite de “la verdad” (cp. Mt. 16:6, 11-12). En vez de poner a otros antes que ellos mismos (lo cual es la clave de la verdadera unidad espiritual; cp. Fil. 2:1-4), se exaltaban a sí mismos y a sus propias intenciones ocultas. Naturalmente, el resultado final era división y conflicto en la iglesia.

Sensuales (*psuchikos*, lit. “del alma”) es una traducción más exacta que “mundanos” (rvr77). Con cierta deferencia a la filosofía griega, Judas describe a los falsos maestros en términos estrictamente físicos. La materialista descripción que les hace los pone al descubierto por lo que realmente son: terroristas religiosos que no poseen cualidades internas tales como una adecuada percepción de sí mismos, capacidad para razonar y verdadero conocimiento de Dios. A pesar de que afirman tener un entendimiento trascendental de Dios, no lo conocen en absoluto, **no tienen al Espíritu** (cp. Jn. 3:5; Ro. 8:9; 1 Jn. 3:24; 4:13). Lo cierto es que están físicamente vivos pero, al no haber sido regenerados por el Espíritu Santo, están espiritualmente muertos. Son fraudes religiosos que hablan mucho de la fe y la vida espiritual, pero que con sus acciones lo niegan. Como le dijo Pablo a Tito: “Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra” (Tit. 1:16).

Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna. (20-21)

Para quienes somos cristianos que debemos ejercer discernimiento y protegernos del engaño es indispensable que permanezcamos en la senda de la santificación. Hacer eso implica en primer lugar edificarnos **sobre** nuestra **santísima fe**, llegando a ser doctrinalmente fuertes si queremos reconocer el error y pelear de modo eficaz la batalla por la verdad. El participio presente y activo traducido **edificándoos** tiene un sentido imperativo, que significa que no es opcional. Metafóricamente, la idea de edificar se refiere a edificación personal y crecimiento espiritual, e implica establecer el cimiento firme de la sana doctrina. Como en el versículo 3, la **santísima fe** es el núcleo objetivo de la verdad bíblica.

En términos prácticos, la edificación se centra en estudiar la Palabra de Dios y aprender a aplicarla. En Hechos 20:32 Pablo les dice a los ancianos en Éfeso: “Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados”. Todos los ministerios de la Iglesia deberían resultar en edificación (Ro. 14:19; 1 Co. 14:12, 26; Ef. 4:16; 1 Ts. 5:11; cp. 1 Co. 8:1). Dios dio a la Iglesia apóstoles, profetas, evangelistas y pastores/maestros para proclamar su Palabra, lo cual da como resultado “la edificación del cuerpo de Cristo” (Ef. 4:11-12; cp. Col. 2:6-7). Pedro escribió que los creyentes deberían desear la Palabra para crecimiento espiritual, así como los bebés desean leche para su sustento físico (1 P. 2:2). En ese mismo sentido, el apóstol Juan escribió que los creyentes espiritualmente fuertes, los que son capaces de librar con éxito la verdadera guerra por la verdad, son aquellos en quienes mora la Palabra de Dios (1 Jn. 2:14).

Un segundo elemento esencial de santificación implica orar **en el Espíritu Santo**. Esa expresión no se refiere a hablar en lenguas, sino a orar por lo que es coherente con la voluntad del Espíritu: sus deseos, pautas y decretos. Aunque la voluntad de Dios está revelada a través de los claros mandamientos de la Biblia (Dt. 17:19-20; Sal. 19:7, 11; 119:11, 105, 130; Pr. 6:23; Mt. 4:4; Lc. 11:28; Jn. 5:39; Ro. 15:4; 2 Ti. 3:16-17; Stg. 1:25), como creyentes no siempre sabemos cómo aplicarla

3:16-17; Stg. 1:25), como creyentes no siempre sabemos cómo aplicarla de manera práctica a los diversos aspectos de la vida. De ahí que el Espíritu Santo interceda por nosotros delante del Padre con verdadera simpatía y fervor inexpresable (Ro. 8:26-27). Desde luego, la voluntad del Espíritu y la voluntad del Padre (e incluso orar en el nombre de Jesús) son una y la misma cosa. Cuando oramos **en el Espíritu Santo** nos sometemos personalmente a Él, descansamos en su sabiduría, buscamos su voluntad y confiamos en su poder (cp. Jn. 14:14-17; 1 Jn. 5:14-15).

Así como los creyentes buscamos la santificación, también debemos mantenernos **en el amor de Dios**. Este es un principio de vital importancia, y significa permanecer en la esfera del amor divino, o en el lugar de su bendición (Ro. 5:5; 8:39; 1 Jn. 4:16). En un nivel práctico significa que debemos mantenernos obedientes a Dios, ya que la bendición divina está prometida solo dentro de la esfera de la obediencia. Como Jesús declaró a los apóstoles:

Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido (Jn. 15:9-11; cp. 1 Jn. 2:5).

Por otra parte, si nos volvemos desobedientes, pasamos de una posición de bendición a otra de castigo (He. 12:3-11).

Por último, a medida que buscamos santificación los cristianos debemos estar **esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna**. El verbo traducido **esperando** (*prosdechomai*) significa “anhelar” o “acoger”, y connota hacerlo con gran expectativa. Por eso debemos vivir con la eternidad en mente mientras anticipamos con anhelo el regreso del Señor (1 Co. 1:7; Fil. 3:20; 1 Ts. 1:10; 2 Ti. 4:8; Tit. 2:12-13; cp. 1 P. 4:7; 2 P. 3:11-13 y el comentario sobre estos tres versículos en el capítulo 33 de mi comentario de 1 y 2 Pedro). En ese gran día futuro, todos los que hemos confiado en Él experimentaremos **la misericordia** final de Cristo y disfrutaremos la plenitud de la **vida eterna** (cp. Ro. 2:7; 1 Ti. 6:12; 1 Jn. 5:13) cuando vivamos la resurrección y glorificación de nuestros cuerpos (Jn. 5:24; 17:3; Ro. 5:17; 2 Ti. 1:10; 1 Jn. 5:20; cp.

Dn. 7:18).

TENDER LA MANO

A algunos que dudan, convencedlos. A otros salvad, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne.
(22-23)

Aquellos que representan la mayor amenaza para la Iglesia también constituyen parte de su campo misionero. No solamente los cristianos son responsables de identificar y oponerse al enemigo y sus errores; también se les encomienda alcanzar y evangelizar al enemigo con la verdad. Eso es precisamente lo que Jesús trató de hacer cuando participó en comidas con los fariseos (Lc. 7:36; 11:37-38; 14:1); aunque los denunció como herejes, también les predicó el camino de la salvación (Lc. 7:40-50; cp. 14:3-6). Nicodemo, por ejemplo, era un fariseo que con franqueza buscaba la verdad (Jn. 3:1-21). Su sincera investigación en las enseñanzas de Jesús fue recibida con compasión y bondad por parte del Salvador.

En estos dos versículos Judas identifica tres categorías de individuos incrédulos que, desde la perspectiva de la Iglesia, son tanto una amenaza como un campo misionero: los confundidos, los convencidos, y los comprometidos con el error.

LOS CONFUNDIDOS

A algunos que dudan, convencedlos. (22)

Las declaraciones sacrílegas y engañosas hechas por los falsos maestros, junto con sus estilos de vida licenciosa, pueden confundir fácilmente a algunas personas dentro de la iglesia. Es más, eso es exactamente lo que ocurrió en Corinto (2 Co. 11:3) y en Galacia (Gá. 3:1-5; cp. 1:6-9). Y todavía sucede hoy día. Atrapados en la red del engaño, algunos se encuentran totalmente confundidos, inseguros de qué es cierto y qué no lo es. A fin de alcanzar a esas personas, Judas pidió a la iglesia tener **misericordia** de ellos, mostrar bondad, compasión y simpatía para con **algunos que dudan**.

Como lobos que acechan ovejas, los falsos maestros se aprovechan de las personas débiles (cp. 2 Ti. 3:6), individuos que se hallan vacilantes,

hacerse con el poder de la verdad de Dios (2 Co. 10:3-5). Jesús dio ejemplo de este principio durante su ministerio terrenal. A aquellos que estaban confundidos, inseguros y llenos de dudas, con paciencia y bondad les presentó el evangelio (Jn. 4:10-26; 6:26-59). Pero a los que estaban comprometidos con la falsa enseñanza, como los escribas, los fariseos y sus devotos, sin ambages les advirtió de la gravedad de su condición perdida (Mt. 12:1-37; 15:1-14; Lc. 11:37-54; Jn. 8:12-59).

LOS COMPROMETIDOS CON EL ERROR

y de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne. (23b)

A veces los cristianos pueden tener la oportunidad de alcanzar a los apóstatas más comprometidos. Tales herejes son individuos profundamente engañados que están muy envueltos en sus propios engaños. En algunos casos son incluso los articuladores de la doctrina herética y los líderes dentro de un sistema falso. Cuando alcanzamos a esas personas, quienes conocemos la verdad debemos proceder con la mayor prudencia y lucidez. La amonestación **de otros tened misericordia con temor** indica la naturaleza aleccionadora y aterradora que conlleva alcanzar a tales individuos. El **temor** nace de una conciencia de que acercarse demasiado al error corrupto y apóstata podría resultar en ser manchados de algún modo por esas mentiras (cp. Mt. 16:6, 12; 1 Co. 5:6-7; 15:33; Gá. 5:7-9).

Judas usa un lenguaje muy gráfico y crudo para resaltar el grado de peligro implicado en este tipo de alcance. **Ropa** se traduce de *chitōn* y se refiere a la vestimenta que la gente de esa época usaba debajo de sus túnicas exteriores; esta era su ropa interior. La palabra traducida **contaminada** es una variante del participio del verbo *spiloō*, que significa “manchar” o “corromper”. Tener la ropa **contaminada por su carne** significa que “está ensuciada por las funciones corporales”. Así como nadie quiere tocar la ropa interior sucia de otra persona y resultar corrompido físicamente, así también deberíamos ser muy cuidadosos en acercarnos demasiado a la corrupción espiritual de quienes están contaminados por falsos maestros. Incluso al llevar el evangelio a los apóstatas comprometidos, los santos deben tener mucho cuidado y sabiduría (cp. Mt. 10:16).

Cuando la Iglesia no trata con cuidado la contaminación espiritual

que los falsos maestros pueden propagar, los resultados pueden ser desastrosos. Por ejemplo, el Señor le advirtió a la iglesia en Sardis: “Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto” (Ap. 3:1). Eso se debía a que solo unos pocos en Sardis no habían “manchado sus vestiduras” (v. 4). Los demás habían aceptado sin discernimiento la apostasía, lo que condenó sus almas y dañó a la iglesia. Sardis, junto con algunas de las otras siete iglesias en Apocalipsis (especialmente Pérgamo, Tiatira y Laodicea), no hicieron caso a la advertencia del apóstol Pablo:

Mas os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos. Porque tales personas no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a sus propios vientres, y con suaves palabras y lisonjas engañan los corazones de los ingenuos (Ro. 16:17-18).

La sobrevivencia y prosperidad espiritual de los que amamos a Cristo, especialmente en tiempo de creciente apostasía, exigen gran perseverancia y cuidado. Debemos estar a la defensiva, recordando lo que la Biblia dice acerca de la presencia de falsos maestros. Además debemos ser proactivos, practicando de modo diligente las disciplinas de estudio bíblico, oración y obediencia mientras anticipamos con anhelo el regreso de Cristo. Por último, debemos ejercer audaz discernimiento en tomar la ofensiva y alcanzar a los apóstatas y a quienes están influidos por sus herejías. La vida cristiana siempre ha sido un peregrinaje (He. 11) y una batalla espiritual (Ef. 6:10-18), pero su final será triunfante (Ap. 18—22). Con esa verdad en mente podemos tener gran consuelo y ánimo en las palabras del muy conocido himno “Firmes y adelante, huestes de la fe”:

Firmes y adelante, huestes de la fe,
sin temor alguno, que Jesús nos ve.
Jefe soberano, Cristo al frente va,
y la regia enseña tremolando está.
Al Sagrado nombre de nuestro Adalid,
tiembla el enemigo y huye de la lid.
Nuestra es la victoria, dad a Dios loor,
y óigalo el averno, lleno de pavor.

(Trad. Juan Bautista Cabrera)

6. Garantía de los santos

Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén. (24-25)

Todas las doctrinas de la salvación son absolutamente esenciales y profundamente valiosas para los redimidos. Pero la doctrina de la seguridad eterna, mejor conocida como la perseverancia de los santos, se destaca como la más maravillosa de todas. La gloria de los demás aspectos de la salvación (como justificación, regeneración, conversión y adopción) no se pueden apreciar por completo si la salvación no fuera para siempre. Sin la seguridad y confianza de la certeza eterna, la vida cristiana daría paso a la duda, la preocupación y el miedo, mientras los cristianos se preguntarían si las demás doctrinas serían permanentes. Y la idea de renunciar a todo por seguir a Cristo difícilmente parecería digna del costo si al final todo podría perderse (cp. Lc. 9:23-25). Sin embargo, debido a la doctrina de la seguridad eterna, como creyentes podemos reposar en la certeza de que nada puede robarnos esa fe salvadora que en última instancia producirá “un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Co. 4:17).

Si de nosotros solos dependiera mantener nuestra salvación, sin duda alguna la perderíamos. Así como aquellos que siguen luchando con el pecado (1 Jn. 1:8-10; cp. Ro. 7:15-23; 1 Co. 1:11; 5:1; 11:18; Stg. 1:14-15; 4:1-3), con regularidad perderíamos nuestra posición de justos delante de Dios. Incluso el apóstol Pablo reconoció su batalla continua en contra de la carne, exclamando: “¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Ro. 7:24). Reconoció que no podía obtener ni mantener la salvación a través de sus propios esfuerzos farisaicos (Fil. 3:4-14).

Gracias a Dios, la salvación verdadera no se basa en nuestras obras como creyentes, sino más bien en la obra de Cristo. Es su justicia la que cubre a quienes confían en Él (Fil. 3:9; 2 P. 1:1). No debemos preocuparnos por mantener o perder nuestra salvación porque esta no se basa en nuestras obras. En lugar de eso, se basa en la persona

inmutable de Jesucristo (cp. He. 13:8). El plan (Ro. 8:29-30), la promesa (He. 10:23), el poder (Ro. 1:16), y la provisión (2 Co. 5:21) de Dios mismo garantiza nuestro destino eterno.

La doctrina de la perseverancia de los santos (que los creyentes verdaderos perseveran en fe en el evangelio hasta el final porque el Padre les ha otorgado una fe infalible) se relaciona de modo inseparable con las demás doctrinas de salvación. Por ejemplo, está íntimamente vinculada con la doctrina de la elección (v. 1; Ef. 1:11; 1 Ts. 5:24; cp. 1 P. 1:4-5): Dios asegura que los escogidos para vida eterna nunca la perderán (Jn. 10:28-29; 1 Co. 1:8-9; Fil. 1:6). También está eternamente vinculada con la doctrina de la justificación (Ro. 5:1, 9; 8:30), según la cual Jesucristo pagó por completo el castigo del pecado por los creyentes (1 P. 2:24; cp. 2 Co. 5:21), de modo que no hay ninguna base sobre la cual puedan ser condenados (Ro. 8:1, 33-35). Además, se relaciona de modo inseparable con las doctrinas de la santificación (2 Ts. 2:13) y la glorificación (He. 2:10), en que el Espíritu Santo sella a los creyentes y los santifica (2 Co. 1:21-22; Ef. 1:13-14), certificando con ello que todos serán llevados a la gloria (cp. He. 10:14-15). Si los que por fe aceptamos el evangelio pudiéramos perder nuestra salvación, entonces cada una de esas otras doctrinas se vería seriamente debilitada.

A punto de concluir su carta, Judas resalta la obra divina de preservación en la salvación por medio de una doxología, un mensaje de alabanza a Dios. Al hacerlo, Judas está en armonía con el precedente bíblico. Por ejemplo, cada uno de los cinco libros de los Salmos concluye con una doxología (41:13; 72:18-19; 89:52; 106:48; 150). El Nuevo Testamento también registra muchas otras doxologías (p. ej., Lc. 2:13-14; 19:35-38; Ro. 11:36; 16:27; Ef. 1:3; 3:20-21; Fil. 4:20; 1 P. 5:11; 2 P. 3:18; Ap. 1:6), todas las cuales se enfocan en la gloria y la gracia de Dios. Son siempre estallidos de alabanza por la grandeza de la salvación y las bendiciones prometidas de vida eterna en el cielo. Por ejemplo, Pablo concluyó su carta a los romanos con esta doxología:

Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del

Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe, al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén (16:25-27; cp. Gá. 1:3-5; 1 Ti. 1:17; 2 Ti. 4:18).

En contraste con sus advertencias acerca de la apostasía, la doxología de Judas produce consuelo y ánimo, recordando a los creyentes la fidelidad y el poder de Dios. Niega el miedo (cp. Sal. 27:1; Pr. 1:33; Jn. 14:27), produce gozo (cp. Is. 35:10; Mt. 5:12a; Ro. 15:13), y estimula la esperanza en el futuro (cp. Ro. 12:12; Ef. 4:4; Tit. 1:2; 1 P. 1:3). Y hace esto resaltando dos aspectos cruciales que el Señor hará por nosotros sus santos: preservar nuestra salvación y presentarnos sin mancha delante de su trono glorioso.

EL SEÑOR PRESERVA A LOS SANTOS

Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, (24a)

Debido a que Dios es perfectamente fiel, supremamente poderoso e infinitamente amoroso, no permitirá que sus hijos se alejen de la fe que salva o que deserten del evangelio para perderse otra vez en sus pecados. No solo que Él está dispuesto a preservar a los creyentes (Ro. 8:28; Ef. 1:9-11; cp. Jn. 17:20-23), sino que también **es poderoso para** guardarlos hasta el final.

Durante su ministerio terrenal, Jesús enseñó que en definitiva Dios asegura de modo soberano a todos los que creen:

Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero (Jn. 6:37-40, 44; cp. 10:28-29; 1 P. 1:3-5).

La Biblia está llena de muchos otros testimonios de la promesa y el poder de Dios para guardar a su pueblo. En otra doxología del Nuevo Testamento, Pablo regocijó así a los efesios: “Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de

lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén” (Ef. 3:20-21; cp. 2 Co. 9:8). Y el autor de Hebreos, hablando de Jesús, se hace eco: “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (He. 7:25; cp. 5:7).

Humanamente hablando, el camino al cielo siempre ha sido difícil (cp. Hch. 14:22; 2 Co. 6:4-10; 11:23-30; He. 11:32-40; Ap. 12:10-11), lleno de peligros de parte de Satanás y sus agentes apóstatas (Lc. 22:31; Ef. 6:11-17; 1 Ts. 2:18; 3:5; 1 P. 5:8-9; cp. Job 1:12-19; 2:6-7; Mt. 4:1-11). No obstante, desde la perspectiva divina el camino al cielo es absolutamente seguro, no porque los creyentes sean capaces de guardarse sino porque Dios puede preservarlos.

Guardaros es la traducción de una palabra militar (*phulassō*) que significa “preservar” o “vigilar”. Dios está en su puesto, hace guardia sobre los creyentes para garantizarles la seguridad (Sal. 12:7; Pr. 3:26; 1 Co. 1:8-9) durante cualquier asalto del enemigo (cp. 1 Jn. 5:18). Él es el Único que puede guardarlos **sin caída** de la apostasía. Como se lo dijo Jesús el Buen Pastor a sus oyentes:

Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre (Jn. 10:27-29).

En su oración sacerdotal registrada en Juan 17 (cp. 9, 11, 15) el Señor Jesús confió otra vez a sus seguidores en las manos del Padre. En los versículos 24 y 26, oró así:

Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo... Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.

El amor infinito del Hijo por el Padre garantiza que protegerá a aquellos que el Padre le ha confiado. Y viceversa, el amor infinito del Padre por el Hijo asegura que protegerá a aquellos que ha entregado

al Hijo. Por tanto, el creyente está asegurado por el Padre y por el Hijo.

La salvación también está garantizada por el Espíritu Santo. El apóstol Pablo subraya esta verdad cuando les escribe a los efesios. Después de recalcar la doctrina de la elección, que Dios elige a los suyos basándose únicamente en su buena voluntad (1:3-12), Pablo añadió:

En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria (vv. 13-14).

De igual modo que un sello antiguo servía para asegurar una garantía y como una marca de propiedad, el Espíritu Santo se da a los creyentes como prueba divina de salvación. La obra del Espíritu Santo en las vidas de los suyos confirma que estos han recibido verdadera regeneración (Tit. 3:3-8; cp. Gá. 5:21-22). Pablo observó también en otra parte: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Ro. 8:16). Tras ser adoptados en la familia de Dios, por la morada del Espíritu Santo mismo los creyentes están asegurados con relación a que nunca serán desheredados.

En varias partes de sus escritos, el apóstol Pablo también hace hincapié en que la salvación es un regalo basado únicamente en la gracia de Dios por medio de la muerte de Cristo. No está basada en las buenas obras humanas, sino más bien en la obra única de Dios. En Romanos 5:8-11, Pablo escribió:

Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación.

Antes de que Dios los salvara, los creyentes eran enemigos de Dios (Ef.

2:1-3). No había nada bueno en ellos que los hiciera dignos del amor divino (cp. Ro. 3:10-19). Por tanto, fue solo por su infinita gracia y según su plan perfecto (cp. Ro. 8:28-30) que les ofreció la salvación. Efesios 2:8-9 reitera esta realidad: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”. La salvación es un verdadero regalo de Dios, el cual no puede ser ganado por obras humanas o justicia propia (cp. Tit. 3:1-8). Por la misma razón, la salvación no puede mantenerse por esfuerzo humano. La seguridad eterna del creyente reposa en el mismo sacrificio infinito que en primer lugar produjo salvación: la muerte de Jesucristo (cp. He. 7:27). Puesto que los cristianos no hicieron nada para ganar la salvación, no pueden hacer nada para perderla; fueron salvados por el poder amoroso de Dios, y siguen siendo salvos por el mismo poder. Con esto en mente, Pablo exclamó lleno de gozo:

Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Ro. 8:38-39).

Nada, incluidos los actos personales de pecado, puede separar al verdadero creyente de su Salvador.

Otros pasajes en el Nuevo Testamento también afirman que esta doctrina es cierta:

De tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo; el cual también os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor (1 Co. 1:7-9).

Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención (Ef. 4:30).

Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo (Fil. 1:6).

Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro

ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará (1 Ts. 5:23-24).

A la luz de la evidencia bíblica, un escritor pregunta:

¿Es concebible que a pesar de todo esto, los cristianos aún puedan caer y perderse? ¿Es posible para Dios predeterminarnos con el propósito de darnos santidad, y sin embargo que nosotros no nos volvamos santos? ¿Puede Él adoptarnos como hijos y después negarnos? ¿Puede darnos seguridad de la salvación para luego retractarse de su promesa? ¿Es la voluntad humana tan fuerte para vencer al poder divino? ¡Sin duda que no! ¿Qué más tiene Dios que decir para asegurarnos que nos sostendrá hasta el final? (David Clotfelter, *Sinners in the Hands of a Good God* [Chicago: Moody, 2004], p. 176).

Incluso el apóstol Pedro, quien era muy propenso a fallar (como cuando negó tres veces a Cristo), nunca sugirió que la salvación pudiera perderse. Al contrario, cuando escribió su primera epístola, el apóstol reconoció el poder de Dios como lo que preserva la salvación:

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero (1 P. 1:3-5).

Al final de esta misma epístola, Pedro volvió a tratar el tema de la perseverancia, escribiendo: “Después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfecciona, afirma, fortalece y establece” (5:10).

La magnitud de esa promesa es abrumadora. Dios mismo perfecciona, afirma, fortalece y establece a quienes somos sus hijos. Aunque su propósito para el futuro implica algo de sufrimiento en la actualidad, Él sin embargo nos concederá gracia para soportar y perseverar en fe. Incluso cuando el enemigo nos ataca personalmente, Dios al mismo tiempo nos perfecciona. Dios mismo lo está haciendo.

Dios al mismo tiempo nos perfecciona. Dios mismo lo está haciendo. Él llevará a cabo sus propósitos en nosotros, conduciéndonos a la realización, poniéndonos en terreno sólido, fortaleciéndonos, y estableciéndonos sobre una base firme.

Sin lugar a dudas, la doctrina de la seguridad eterna no significa que las personas puedan vivir en patrones de pecado del que no se hayan arrepentido y todavía tener la seguridad del cielo. La seguridad eterna no es una licencia para pecar (cp. Ro. 6:1). Respecto a eso, quienes creemos de veras nunca lo veríamos de ese modo, ya que se nos ha dado una nueva naturaleza (cp. 2 P. 1:4) que encuentra satisfacción en obedecer a nuestro Maestro (Jn. 14:15). Quienes hacen una profesión de fe, pero luego caen en estilos pecaminosos de vida, revelan que la profesión que hicieron nunca fue realmente genuina (cp. 1 Jn. 2:19). Pero para aquellos de nosotros cuya fe es real, la seguridad de la salvación es en realidad una certeza gozosa.

EL SEÑOR PRESENTA A LOS SANTOS

y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén. (24b-25)

Una característica distintiva de la fe salvadora es que persiste hasta el final (Mt. 24:13). **Presentaros** se traduce del verbo *histēmi*, que en este contexto significa “establecer”, “instaurar”, “confirmar” o “constituir”. En la actualidad los creyentes están establecidos en gracia (Ro. 5:1-4), pero en el futuro estarán también establecidos en gloria (Col. 3:4; 1 P. 5:10).

Para seres humanos caídos estar presentes **delante de la gloria** de Dios es algo que produce terror. Isaías pronunció una maldición sobre sí mismo (Is. 6:5). Ezequiel cayó abrumado como una persona muerta (Ez. 1:28). Pedro, Santiago y Juan experimentaron temor abrumador en el monte de la transfiguración (Mt. 17:5-7; Lc. 9:32-34). Cuando tuvo la visión del Cristo resucitado y glorioso, el apóstol Juan se desmayó como si estuviera muerto (Ap. 1:17). Después de estar frente a frente con la gloriosa presencia de Dios, cada uno de estos hombres sintió al instante todo el peso de su pecaminosidad (cp. Lc. 5:8). Cada uno cayó a tierra, abrumado por su propia sensación de indignidad.

A fin de estar en la gloriosa presencia de Dios, los creyentes deben ser **sin mancha**. Apocalipsis 21:27 deja en claro que los pecadores no arrepentidos no entrarán a la gloria del cielo: “No entrará en [la Jerusalén celestial], ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero” (cp. 22:14-15). *Amōmos* (**sin mancha**) significa “sin falta”, y se usa aquí para describir el estado de inocencia que los creyentes disfrutarán un día. El Nuevo Testamento también usa el término para referirse a la pureza de sacrificios (He. 9:14, “sin mancha”; cp. 1 P. 1:19). Aunque los creyentes, como aquellos de nosotros a quienes Dios nos ha imputado la justicia de Cristo, somos ahora posicionalmente sin mancha (Ro. 4:6-8; 1 Co. 1:30; 2 Co. 5:21; Tit. 3:7), aún nos encontramos en nuestros cuerpos carnales y pecaminosos. Sin embargo, estamos esperando la resurrección, en la que recibiremos nuestros nuevos cuerpos glorificados (cp. Jn. 5:25; 11:24-25; 1 Co. 15:21-23, 42-44; 2 Co. 5:1; Fil. 3:21). En el cielo experimentaremos no solo una ausencia de pecado sino también una presencia de santidad perfecta (1 Ts. 3:13; cp. Ap. 21:22-22:5). Todas nuestras facultades estarán emancipadas del mal y totalmente dedicadas a la justa adoración de Dios por siempre jamás (cp. Ap. 4:6-11; 5:11-14; 19:6).

Como santos en gloria, no sabremos nada del temor y el trauma que caracterizan al hecho de estar en la presencia de Dios en la tierra (véanse los ejemplos ya mencionados). En lugar de eso experimentaremos **gran alegría**, lo cual caracterizará cada aspecto de nuestra vida celestial (cp. Ap. 7:16-17). Esta alegría se refiere principalmente al gozo divino (cp. Lc. 15:7, 10; Sof. 3:17) del Padre y el Hijo por nuestra comunión con otros creyentes, un gozo en el que los redimidos participarán por toda la eternidad. En consecuencia, todos los creyentes moraremos con Dios en amor perfecto y santo deleite por siempre y para siempre.

Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos (Ap. 22:3-5).

Al terminar su epístola, Judas ofreció esta alabanza por la actual

salvación y futura glorificación de los creyentes: **al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos.** Solo Dios... a través de Jesucristo puede lograr la obra de un **Salvador.** En consecuencia, Judas reservó la mayor alabanza para el Hijo. **Gloria** resume todos los atributos divinos en su poderoso resplandor (cp. Éx. 33:22); **majestad** significa el reino absoluto del Padre (cp. He. 1:3; 8:1) y el Hijo (cp. 2 P. 1:16); **imperio** se refiere al alcance de su poder y gobierno activo sobre todo (cp. Sal. 66:7); y **potencia** denota el supremo derecho y privilegio de Cristo de hacer lo que Él quiere (cp. Hch. 2:33-35; Fil. 2:9-11). Esta supremacía divina sobre todo el universo abarca toda la eternidad (cp. Ap. 1:8): **ahora** (época actual), **y por todos los siglos** (eternidad futura).

Debido a que Dios es todopoderoso, y a que su glorioso nombre está en juego, podemos confiar sin reserva alguna en su promesa de guardar a sus santos y en que un día nos presentará delante de su trono. Dudar de la realidad de esa promesa es dudar de Dios mismo. Pero aceptarla es encontrar gozo sin fin y consuelo eterno. En las palabras de Charles Spurgeon:

Cuando oí decir que el Señor guardaría a su pueblo hasta el final, y que Cristo había dicho: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano”, debo confesar que la doctrina de la preservación final de los santos fue un cebo que mi alma no pudo resistir. Pensé que era una cierta clase de seguro de vida, un seguro de mi carácter, un seguro de mi alma, un seguro de mi destino eterno. Yo sabía que no podía preservarme a mí mismo, pero si Cristo prometió hacerlo, entonces supe que estaría seguro para siempre; y anhelé y oré por encontrar a Cristo, porque sabía que si lo encontraba Él no me daría una salvación temporal y sin valor, como algunos predicán, sino vida eterna que nunca podría perderse, la simiente viva e incorruptible que vive y mora para siempre, porque nada ni nadie “nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (C. H. Spurgeon, tomado de “Danger, Safetly, Gratitude”, sermón no. 3.074, predicado en enero 8, 1874, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit* [reimpreso, Pasadena, TX: Pilgrim Publications, 1978], 54:24).

Bibliografía

- Arndt, W. F., F.W. Gingrich y F.W. Danker. *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature*. Chicago: Univ. of Chicago, 1957.
- Bigg, Charles. *A Critical and Exegetical Commentary on the Epistles of St. Peter and St. Jude*. The International Critical Commentary. Reimpresión. Edinburgh: T. & T. Clark, 1975.
- Bruce, F. F. *El canon de la Escritura*. Barcelona: Editorial Clie, 2002.
- Carson, D. A., Douglas J. Moo y Leon Morris. *Una introducción al Nuevo Testamento*. Barcelona: Editorial Clie, 2008.
- Guthrie, Donald. *New Testament Introduction*. Edición revisada. Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1990.
- Harrison, Everett F. *Introducción al Nuevo Testamento*. Grand Rapids: Libros Desafío, 1980.
- Hiebert, D. Edmond. *An Introduction to the Non-Pauline Epistles*. Chicago: Moody, 1962.
- _____. *Second of Peter and Jude: An Expositional Commentary*. Greenville, S. C.: Unusual Publications, 1989.
- Kelly, J. N. D. *A Commentary on the Epistles of Peter and Jude*. Peabody, Mass.: Hendrickson, 1988.
- Kistemaker, Simon. *Comentario al Nuevo Testamento: 1 y 2 Pedro, Judas*. Grand Rapids: Libros Desafío, 1994.
- Lenski, R. C. H. *The Interpretation of the Epistles of St. Peter, St. John, and St. Jude*. Reimpresión. Minneapolis: Augsburg, 1966.
- Schreiner, Thomas R. *1, 2 Peter, Jude*. The New American Commentary. Nashville: Broadman & Holman, 2003.
- Vine, W. E. *Diccionario expositivo de palabras del Antiguo y del Nuevo Testamento exhaustivo*. Nashville: Grupo Nelson, 1999.
- Wallace, Daniel B. "Jude: Introduction, Argument and Outline". Biblical Studies Press. www.bible.org, 2000.

La misión de Editorial Portavoz consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Luke 1-5*
© 2009 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Luke 6-10*
© 2011 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Luke 11-17*
© 2013 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Luke 18-24*
© 2014 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Lucas*
© 2016 por Editorial Portavoz, filial de Kregel, Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Ricardo Acosta

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Luke 11-17*
© 2013 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Luke 18-24*
© 2014 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Lucas*
© 2016 por Editorial Portavoz, filial de Kregel, Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Ricardo Acosta

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “pdt” ha sido tomado de la versión Palabra de Dios para Todos © 2005, 2008, 2012 Centro Mundial de Traducción de La Biblia © 2005, 2008, 2012 World Bible Translation Center.

Realización ePub: produccioneditorial.com

EDITORIAL PORTAVOZ

2450 Oak Industrial Drive NE

Grand Rapids, MI 49505 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1570-8 (rústica)

ISBN 978-0-8254-6698-4 (Kindle)

ISBN 978-0-8254-7516-0 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 25 24 23 22 21 20 19 18 17 16

**Tomos del Comentario al Nuevo Testamento de John
MacArthur**

Mateo

Marcos

Lucas

Juan

Hechos

Romanos

1 y 2 Corintios

Gálatas, Efesios

Filipenses, Colosenses y Filemón

1 y 2 Tesalonicenses, 1 y 2 Timoteo, Tito

Hebreos y Santiago

1 Pedro a Judas

Apocalipsis



EDITORIAL
PORTAVOZ

NUESTRA VISIÓN

Maximizar el efecto de recursos cristianos de calidad que transforman vidas.

NUESTRA MISIÓN

Desarrollar y distribuir productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

NUESTROS VALORES

Nuestros valores se encuentran fundamentados en la Biblia, fuente de toda verdad para hoy y para siempre. Nosotros ponemos en práctica estas verdades bíblicas como fundamento para las decisiones, normas y productos de nuestra compañía.

Valoramos la excelencia y la calidad
Valoramos la integridad y la confianza
Valoramos el mérito y la dignidad de los individuos
y las relaciones
Valoramos el servicio
Valoramos la administración de los recursos

Para más información acerca de nuestra editorial y los productos que publicamos visite nuestra página en la red:
www.portavoz.com